ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ
y PEDRO MUÑOZ SECA

La frescura de Lafuente

JUGUETE COMICO

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

SEGUNDA EDICIÓN

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

LA FRESCURA DE LAFUENTE

LA FRESCURA DE LAFUENTE

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ENRIQUE GARCIA ALVAREZ y PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO CERVANTES de Madrid, el 21 de Diciembre de 1915

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NÚMERO 551

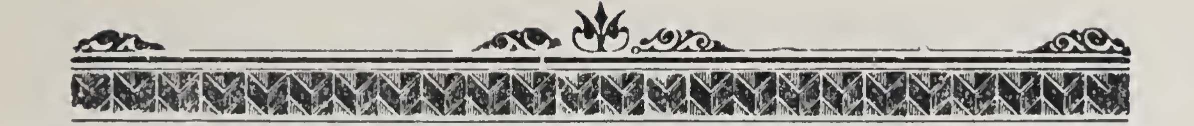
1916

A "El Mentidero", el periódico más gracioso de España.

Los Autores

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
AMBROSIA	SRA.	ALBA.
CONCHA		ROCA.
BENITA		RIOS.
LUISA	SRTA.	CALVO.
ANGELINA		SEGURA.
AMADEO LAFUENTE	SR.	SIMÓ-RASO.
GUNDEMARO LARREA		AGUIRRE.
ZACATECA		MARCHANTE.
CABEZÓN		MOLINERO.
LUCAS		MESEGUER.
FRIAS		PERCHICOT.
MATÍAS		GUILLOT.
VENANCIO		HIDALGO.
PELAEZ		CABA.
POLANCO		SAPELA.
DONOSO		HIDALGO.
VICARIO		SAPELA.
VICTORIANO		VALLE.
SINFOROSO		GUILLOT.
ATILANO		PERCHICOT.
RODRÍGUEZ		VICO.
MARCELINO		GARCÍA.



ACTO PRIMERO

Especie de plazoleta en el jardín de un cementerio. En el fondo, espeso arbolado y alguna que otra lujosa estatua. En el lateral derecha y ocupando el segundo termíno, un trozo de la verja que circunda un panteón que no se ve. En el lateral izquierda, un macizo o verja que simula dar acceso a otro mausoleo que tampoco se ve. En escena, dos bancos rústicos. Es de día. La acción en Madrid. Epoca actual y en el mes de Mayo por más señas.

—

(Al levantarse el telón, VENANCIO, oficial de marmolista, en traje de faena, tumbado en el suelo, duerme ante el mausoleo de la derecha. MATÍAS, de igual oficio que Venancio, entra en escena desperezándose y bostezando.)

MAT. (Dando con el pie a Venancio y despertándole.) ¡Venancio!... ¡Venancio!...

VEN. (Incorporándose.) ¿Qué pasa? (Bosteza.)

MAT. Pero hombre, ¿te has dormido, con lo que tenemos que trabajar?

VEN. (Desperezándose.) ¿Qué hora es, Matías?

MAT. (Sacando su reloj.) ¿Quieres hora exacta?

VEN. Natural.

MAT. Pues verás: yo tengo las once y cuarenta y dos; de modo que son... (Piensa un instante.) Las cinco y catorce.

VEN. ¿Oye, ese reloj es Longines, por un casual?

MAT. No es Longines, pero por treinta céntimos que me costó, no querrás que me diesen el meridiano de París.

VEN. También es verdad.

MAT. Vamos anda, hombre, que todavía nos queda tarea.

VEN. ¡Voy, hombre, voy, que no lo dejais a uno ni tomar una bocaná d'oxígeno!

MAT. ¡Cuidao que eres vago, Venancio!

VEN. Lo mismo me decía mi abuela y lo mismo me dirán mis nietos. Mira, yo leí en una hoja d'almanaque la siguiente tontería: «Cuanto menos trabajes, menos te cansarás.» Santa Bartola, Virgen y madre Abadesa.

MAT. No, si a ti, chirigoteo y vagancia no te faltarán.

VEN. Y oye ahora que no hacemos na y muchos años dure. ¿Tú sabes por qué estamos haciendo cisco el ornamento de este mausoleo?

MAT. Es toda una historia.

VEN. Caray, cuenta, hombre: y si no te sirve de molestia, hazme un cigarro.

MAT. A ver si viene el maestro y nos coge mano sobre mano.

VEN. Déjate de ñoñadas y relata.

MAT. (Haciéndole un cigarro a Venancio.) Pues verás. En este magnífico panteón yacían hace meses, los restos mortales de una señora, que, cómo sería de bonita, que había oztenido cinco premios de belleza en Copenhague, Budapest, Berlin, London y Alcázar de San Juan. (Dándole el cigarro sin pegar.) Engoma.

VEN. Se agradece.

MAT. Pues como te digo, la aludida, que era una señora del vivir festivo y placentero, se alió con este don Pancho Zacatecas, que ya conoces y que es un mejicano que empieza a tirarte billetes de banco y antes de que se le acaben tiene la muñeca dislocada.

VEN. ¡Qué bruto!

MAT. Pues durante catorce años vivieron en una felicidad terrenal y observó la socia una conducta, que don Pancho enajenao de placer ideó casarse, pero de pronto y hallándose entrambos en Madriz, ¡zás! sucumbe la futura esposa y él, traspasao de pena, le

erigió este monumento necrológico que le pasó de los veinte mil duros.

VEN. ¡Qué dolor!

MAT. Fin de la primera parte.

VEN. Continúa que eso es más interesante que los cinco antifaces de los cuarenta asesinos misteriosos.

MAT. Pues ahora verás. El tal don Pancho Zacatecas, pa mitigar su dolo, flota un yate, se hace a la mar, recorre el mundo, se detiene en San Francisco de California donde había conocido a aquella miniatura y se informa de que Nina Petterson, como reza esa lápida y como la tal decía denominarse, ni se llamaba Nina Petterson, ni había nacido en Escocia, como ella aseguraba, ni era hija de Petterson, el rey del bacalao, sino que se llamaba Paca Fe, y había nacido en Puerto Rico.

VEN. Me dejas como una estalactita

MAT. Y ahora viene lo gordo. Sospechando que la portorriqueña le había tomado el cuero capilar, se traslada el señor Zacatecas a su casa de Méjico, indaga, requisa, olfatea, rompe un secreter de ébano que tenía un secreto y se encuentra con un manojo de cartas amorosas dirigidas a Nina por un tal Equis y en las que ponía a don Pancho como para cogerlo con unos alicates.

VEN. ¡Chavó!

MAT. Bueno, pues don Pancho se vino a Madriz como pudo, porque él no sé qué cargo político ha tenido en Méjico. Trasladó a Puerto Rico los restos de Nina, buscó al señor Frías, nuestro maestro, le contó la historia que yo acabo de referirte y le dijo: «En muy pocos días tiene que quedar ese mausoleo cambiao por completo y en condiciones de que guarde algún día las cenizas de este cuerpo simple.

VEN. ¡Pobre hombre!

MAT. Y por eso estamos nosotros trabajando en la destrucción alegórica.

POLANCO (Guarda del cementerio, que ha entrado en escena por la izquierda.) Bueno, eso de que estais trabajando se lo contais a un tonto porque yo

que no hago otra cosa que pasearme por aquí os veo a todas horas, o echando una cabezada, o echando un cigarro.

VEN. ¿Pero lo dices en serio?

POL. Fíjate en la cara.

VEN. Pero hombre, si tú eres más vago que un coche, que pa que ande tien que tirar de él.

POL. Eso de vago me lo dirás porque hace diez días que vago por aquí y vago por allá.

VEN. Y vago por todas partes, nos ha fastidiao.

POL. Quiero decir, para que entiendas el vocablo, que hace diez días discurro por estos alrededores a ver si me tropiezo con el sinvergüenza que me pela los macizos de ahí abajo y me lleva los pensamientos.

MAT. Pero quién va a venir tan lejos a por pensamientos. Tú deliras, Polanco.

POL. Yo deliraré, pero a mí me se llevan los pensamientos y como pesque al ladrón, tengo el pensamiento de darle con esta vara de nardos, (*Por una garrota que conduce.*) en mitad de los sesos. Bueno, no quiero interrumpir por más tiempo vuestro penoso trabajo: voy a seguir vagando. Hasta ahora. (*Vase por la derecha.*)

MAT. Adiós, hombre.

VEN. Supongo que no habrás creído lo del robo.

MAT. Vamos, quita. La verdad es que este oficio de guarda de una necrópolis, es un oficio descansao.

VEN. Figúrate, cuatro pesetas diarias y esperar la resurrección de la carne.

MAT. Bueno, tú, vamos a la obligación.

VEN. Aguarda, hombre, que tiempo hay. Escucha; ¿tú sabes si esta Nina Petterson...

MAT. Si tú fueras capaz de guardar un secreto, te haría yo un favor.

VEN. ¿Cuál?

MAT. El de enseñártela.

VEN. ¿Qué dices?

MAT. Que hace días, estando aquí don Pancho con el maestro, tiró de papeles y se le cayó esta tontería de platino. (*Saca un retrato y lo enseña a Venancio.*)

VEN. (*Encandilado.*) ¡Mi madre, qué gachí!

MAT. Como que no se lo devuelvo. Esta calcoma-

nía la clavo yo con cuatro tachuelas en la cabecera de mi cama, pa darme pisto.

VEN. Y está dedicao, tú. (Leyendo.) «Para tí. Nina.»

LUISA Por aquí, Benita.

MAT. (Cogiendo el retrato y guardándoselo.) Trae, que viene gente. (Por la derecha último término, entran en escena BENITA y LUISA, monísimas doncellas de casa grande. Vienen enlutadas y conducen unos crespones y una cesta con flores.)

VEN. Vaya unos calamares pa después de un pollo.

BEN. (Advirtiendo la presencia de Venancio y Matías y saludando, seriamente.) ¡Santas y fúnebres!

LUISA (Saludando también.) ¡Buenas y cadavéricas!

MAT. ¡Qué guasonas!

VEN. (A Benita y Luisa.) A dos vivas como ustedes hay que contestar con otros dos vivas: viva la gracia y viva el donaire.

BEN. (A Luisa.) Anda, tú, deja la cesta. (Colocan la cesta y los crespones en uno de los bancos.)

MAT. Oiga joven; una pregunta y usted dispense. ¿Los restos mortales que esperaban para depositarlos en esa cripta funeraria, han llegao ya por un casual?

BEN. No señor; la tumba está vacía, los esperamos de mañana a pasado.

MAT. (A Venancio.) Ya te decía yo que ese panteón estaba vacío. (A Benita.) Oiga usted, ¿y traen desde muy lejos los despojos?

BEN. Desde Méjico.

MAT. ¡Arrea!

VEN. Otra pregunta y vuelva usted a dispensar. ¿Eso de Cabezón que reza ahí en la lápida, es apellido, mote o chunga?

BEN. ¿Le interesa a usted mucho el saberlo?

VEN. Estoy con fiebre.

BEN. Pues es apellido y bastante vulgar. ¡Apenas si hay Cabezones en el mundo!

MAT. Aquí tiene usted uno. (Le quita la gorra a Venancio y hace que éste luzca una olla braquicéfala que mete miedo.)

VEN. Y a mucha honra.

LUISA ¡Caray, qué sandía! (Ríe.)

BEN. (Riendo también.) ¡Pobre almohada!

MAT. Pues él, satisfechísimo.

VEN. Ya lo creo. Y eso que ahora con el desarro-

llo corporal se m'ha contenido un poco, pero de chico, ¡anda! Me hicieron una vez una gorra de marinero aprovechando la tela de un paraguas y me tuvieron que poner en la cinta... «Viva el arrojo y la bravura de los intrépidos marinos españoles», y pa completar me bordaron a cada lao un submarino. Total, tres mil pesetas.

MAT. Como que en el padrón le ponen los guardias... «El cabezota de familia.» (Ríen.)

VEN. (Recuperando su gorra.) Dame acá el toldo. (Se cubre.)

LUISA (A Benita.) Bueno, chica, ¿qué hacemos?

BEN. Qué sé yo. La señora nos dijo que esperásemos. Tú verás.

MAT. Pues no tienen ustedes más que dos dilemas: u orar sobre las tumbas u conversar con estos dos gentiles hombres.

VEN. Y la elección no es dudosa, porque aquí la joven que no conoce a ninguno de los difuntos ¿qué ora?

BEN. Tiene usted razón.

VEN. De modo que tenga usted la bondad, pa matar el rato, de satisfacerme una curiosidaz que me tié que no duermo.

BEN. Usted dirá.

VEN. (Por la lápida.) ¿Ese Cabezón, fué el cabecilla que mataron en Méjico hace diez meses, cuando se levantó el general Puertas?

BEN. Sí, señor; el mismo. Murió como un héroe al pie del Castillo de Jalapa, cerca del Estado de Aguas Calientes.

MAT. Oiga usted, ¿cómo fué la tragedia?

BEN. Pues verá usted; el señorito Gabino y el general Puertas eran como hermanos y un buen día se levantó Puertas contra el presidente de la República y nombró a su amigo Cabezón, cabecilla. Entonces el presidente pregonó la cabeza de Cabezón y mandó contra él seis mil hombres. Se libró una batalla y el pobre señorito quedó muerto y mutilado cerca del castillo de Jalapa. Los contrarios le reconocieron por unos documentos que llevaba consigo. Le llevaron a Méjico, le enterraron, y la señora que le quería con ceguedad mandó construir ese

panteón, para depositar sus restos, mandó erigir un monumento alegórico en el lugar en que fué hallado su cadáver y le ha levantado una estatua en Valdemorillo, su pueblo natal.

VEN. (Mirando hacia el lateral derecha.) ¿Y ese busto es su retrato?

LUISA Ese. Dicen que tenía una barba y una cabellera rizada que eran un prodigio.

MAT. Tú, que me parece que viene ahí el señor Frías, vamos a trabajar.

VEN. Bueno, hombre. Con permiso de ustedes.

BEN. ¡Ah! ¿Pero trabajan ustedes en ese mausoleo?

VEN. Sí, señora.

LUISA (A Benita.) Estos nos pueden decir...

BEN. Entonces sabrán ustedes quién es el dueño.

MAT. Casi nadie; un tío que tiene cuarenta millones de pesetas y un yate.

VEN. Como si dijéramos un vagabundo. Pero ustedes son más ricas.

BEN. ¿De veras?

VEN. ¡Huy, qué ricas!...

MAT. (A Venancio.) Anda. (Se va por la izquierda.)

VEN. (Haciendo mutis tras Matías y desperezándose.) Vamos a echar un ratito. (Vase.)

LUISA Escucha, Benita; cuarenta millones de pesetas, veintidós millones más que la señora. ¡Qué espanto!

BEN. Pues yo insisto en que esa levita que lleva, que parece que la ha heredado de Salamanca, no es de un hombre tan riquísimo.

LUISA Ni la chistera tampoco, pero es que los hay tan avaros, que lo único que gastan son las prendas.

BEN. Jesús, qué roña, hija.

LUISA Y tú sigues creyendo que la señora...

BEN. Mira, chica, para mí que desde que la señora se percató de que a ese mausoleo venía a llorar todas las tárdes el de la levita, redobló sus visitas al cementerio.

LUISA Eso es verdad.

BEN. Yo, en medio de todo, lo encuentro natural, porque ese hombre se hace simpático. Eso sí. Hay que ver con qué arrebatos besa esos mármoles y con qué cariño arroja a la tum-

ba los pensamientos que coge en los macizos de aquí alrededor.

LUISA Ya los podría comprar en vez de cogerlos.

BEN. Sí, pero no serán esos sus pensamientos.

LUISA ¿Sabes que tarda la señora?

BEN. ¿Te parece que nos asomemos a ver si se vislumbra el automóvil?

LUISA Sí, hija, porque esto no es muy divertido que digamos. (Se van por la derecha.)

(Queda un instante la escena vacía y con todo género de precauciones entra por la izquierda, último término, CABEZÓN, hombre de unos cincuenta años, completamente afeitado y pelado con el cero. Viste con elegancia y se toca con un sombrero flojo que le está grande. Ante el panteón de la derecha.)

CAB. ¡Por fin!... ¡Cabezón!... Sí, dice Cabezón... esa es mi tumba... ¡Oh! Mi busto con la barba y la hermosa cabellera que me distinguían... ¡Pobre Ambrosia! Me ha esculpido aquí y en Jalapa y en Valdemorillo... ¡Ahora sí que veo claro tu amor!... Media vida daría por poderte decir: «Mírame: soy yo, vivo, rasurado, pero vivo; el que fué hallado en Jalapa mutilado horriblemente era Marchena, mi segundo, a quien yo había confiado mis documentos. Soy yo, Ambrosia mía, pero cállalo, ocúltalo.» Zacateca tiene espías en todas partes; por mi cabeza ofreció veinte mil pesos; si sabe que vivo, es segura mi muerte y ¡no! ¡no quiero morir! ¡Dios mío ¿Cómo le diría yo a mi Ambrosia que vivo, sin que su alegría me descubra y sin que la impresión la mate? porque el susto que le he dado a Lucas, el administrador, ha sido para una epilepsia. No, calma, calma; quien vivió oculto diez meses, puede vivir oculto unos días más. Me contentaré con verla de lejos, desde aquellos mausoleos, sí. (Mirando hacia la derecha.) ¡Recoco, alguien viene! (Vase precipitadamente por el primer término de la izquierda.)

(Por el último término de la derecha entran en escena ZACATECA y FRÍAS. Frías es un hombre de mediana edad y con cierto empaque de artista. Zacateca es un gran señor como de cuarenta y cinco años, muy elegante, elegantísimo, pero de facciones duras y cara de contadísimos amigos. No usa barba.)

FRÍAS Puede usted tener la seguridad, señor Zacateca, de que el mausoleo quedará variado por completo. Ahora verá usted la transformación que ha sufrido en quince días.

ZAC. En efecto, ya sin los remates parece otra cosa. (Fijándose en la lápida y saltando con rabia.) Pero.. ¡¡Poncho!! ¿Qué veo? Ese nombre apócrifo figura aún en la lápida.

FRÍAS Ya dije ayer que arrancasen esas letras, pero se conoce que no han tenido tiempo de hacerlo.

ZAC. (Exaltado.) ¡¡Nina Petterson!! ¡Ah, miserable! ¿Por qué tan vilmente te burlaste de mí? Cierto que los doce años que pasé a tu lado fueron doce años de venturas, pero después de fenecida la pringaste, porque el descubrimiento de tus falacias fué un puñal florentino que taladró mi pecho!... ¡Paca Fe!, has amargado el equinocio de mi vida; no puedo vengarme de ti, pero de Equis, sí; a ese Equis le encontraré, aunque tenga que derrochar toda mi fortuna. Sí, Paca Fe, toda mi fortuna, hasta los últimos dos reales, Paca Fe...

FRÍAS Vamos, don Pancho, que se va usted a excitar muchísimo.

ZAC. Usted no me conoce, amigo Frías; para el odio soy un chacal, para la venganza una hiena. Dos grandes odios han conturbado mi existencia: mi odio a Equis y mi odio a ese. (Por el panteón de Cabezón.)

FRÍAS ¿A quién?

ZAC. A ese desgraciado Cabezón que duerme ya el sueño de los justos. ¡Ah! Pero aquel odio es ahora remordimiento, querido Frías. Cabezón era inocente; lo supe tarde, cuando ya le habían mutilado mis leales, cumpliendo mis órdenes. Su muerte es mi constante pesadilla. (Descubriéndose ante la tumba de Cabezón.) Perdona, Cabezón, mi arrepentimiento es sincero; me cegó la política, pregoné tu cabeza sin saber lo que pregonaba. Perdóname. Veinte mil pesetas dedico a tu memoria, ya te las dirán de misas. Descansa en paz.

FRÍAS Oiga usted una pregunta, don Pancho.

ZAC. Diga usted.

FRÍAS ¿Esa Nina Petterson o Paca Fe, dejó familia o parientes?

ZAC. No, era sola en el mundo. Su padre Alfeo Fe, murió en prisiones por haber asesinado a su esposa Francisca Cao, la madre de Nina. Nina, al morir, no tenía otro amparo que yo.

FRÍAS Pues es raro.

ZAC. ¿El que?

FRÍAS No me lo explico.

ZAC. ¿Qué?

FRÍAS Verá usted; hace ya varios días que viene aquí, entre cinco y siete de la tarde, un señor todo de negro y algo ridículo, que se arrodilla ante el mausoleo, arroja un puñado grande de pensamientos y se da una pechada de llorar que, vamos, hace una laguna.

ZAC. (Tembloroso.) ¿Pero, qué dice usted?

FRÍAS Yo me supuse que era el padre de la difunta, porque la congoja es de las de padre y muy señor mío.

ZAC. ¡Rayos y galernas!. . Pero eso que dice usted, ¿es cierto?

FRÍAS Ciertísimo.

ZAC. (Como loco, echándose mano a un bolsillo.) ¡¡Aaah!!

FRÍAS (Asustado.) ¡Caray!

ZAC. ¡Es él, sí, es él! (Saca un puñado de cartas.) La número siete. Aquí está. (Desdobla una carta y lee.) «¡Sí! Viva y con él, no pueden llegar mis besos a ti, muerta iría diariamente a tu sepultura, y mis lágrimas se filtrarían por la tierra hasta posarse en tu divinorostro.» (Estrujando la carta.) ¡Qué cursi y qué canalla! ¡Ah! ¡Equis! ¡Por fin!... Gracias, Frías; podré vengarme; le deberé a usted el más inmenso de los goces.

FRÍAS ¡Cómo! ¿Pero usted cree?...

ZAC. Sí; es Equis. ¿Quién si no?

FRÍAS Recontra, a ver si por mi culpa... ¿pero va usted a matarle?

ZAC. ¿A ese Equis? ¡¡Cá!! (Con reconcentradísima ira.) Un martirio lento, un sufrimiento espantoso, una agonía horrible. ¡Ah, qué loco placer, qué inmenso júbilo!

FRÍAS (Bueno, he metido la pata hasta la ingle.)

ZAC. ¡Aaaah!...

FRÍAS Si le parece a usted bajaremos a la cripta y le trazaré un pequeño boceto de cómo ha de quedar el mausoleo con los nuevos adornos.

ZAC. Sí, vamos, lo que usted quiera, amigo Frías. Mientras usted dibuja, yo trazaré mi plan de venganza. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡¡Ah, Equis, Equis, sonó tu hora!! (Mutis.)

FRÍAS ¡Pero que hasta la ingle! (Mutis tras Zacateca.)

(Por la derecha, último termino, entran en escena AMADEO LAFUENTE y GUNDEMARO LARREA. Amadeo Lafuente, de unos cuarenta años, más bien más que menos, viste de levita y chistera, pero una levita y una chistera pasadísimas de moda: la chistera es un canjilón, un tubo indecente, y la levita, con mucho más brillo que la chistera, es una levita cortita y con una barbaridad de vuelo; una birria. El resto del traje, así como la corbata y los guantes, son negros; luto riguroso. Gundemaro Larrea viste un traje de americana deslucido, y es un muchacho como de veinte años a todo tirar.)

LAF. Hemos llegado, querido Larrea. (Por el panteón de la derecha.) Esa es la tumba donde ella ora.

GUND. ¡Magnífico panteón!

LAF. (Por el mausoleo de la izquierda.) Y esa memez sepulcral es la que yo riego con mis lágrimas.

GUND. ¡Estupendo mausoleo!

LAF. Ahora, Gundemaro, reconcéntrate en lo que voy a decirte.

GUND. Hable usted, amigo y maestro.

LAF. Si consigo embaucar a la viuda de Cabezón y logro pisar con ella la Vicaría, Amadeo Lafuente, tu compañero y catedrático, deberá a esta última morada de la Petterson, la más completa de las venturas.

GUND. Bueno, pero ella...

LAF. Calma. Tú vienes aquí a coronar mi labor de ocho días. Ya sabes, Gundemarito, que al enterarme yo de que esta viuda triste, algo neurasténica y romántica, poseía un capital de diez y ocho millones de pesetas, suma que no creí que existiera ni aun en la imaginación acalorada del fantástico autor de los cuentos de Calleja, tracé mi plan de conquista y me dije: al dolor, con el dolor; al dinero, con el dinero; a la fastuosidad, con la bambolla, y dicho y ejecutado; seguí-

la, observela, y esa tumba (*Por la de Nina.*) fué para mí la difícil solución del problema. La tumba era fastuosa; de quien la mandó construir no ha vuelto a saberse. Nadie conoció a Nina Petterson. La cosa tenía la sencillez de la oblea. El que erige ese mausoleo tiene que flotar en la opulencia. Si llora ante él y es consecuente, demuestra un corazón de diez y ocho quilates.,. ¿Lo ves diáfano?

GUND. Es un charco cristalino, señor Lafuente.

LAF. Me enluté, vine al par que ella, lloré cuando ella... y lloré de un modo, Larreíta, que el llanto del cocodrilo es una juerga y puedo jurártelo, la tengo interesada.

GUND ¿Es posible?

LAF. Conozco el corazón de las mujeres desde los quince años hasta los treinla y nueve, a cuya edad todas se plantan y leo más claro en esa víscera femenina que en los anuncios de las obras en construcción. Ambrosia Rosales, de Cabezón, me mira con simpatías, y si tú, esta tarde, desempeñas fielmente el papel que te tengo confiado, si cumples al pie de la letra mis instrucciones, la Rosales de Cabezón me amará.

GUND. Qué fantasía imaginativa tiene usted, don Amadeo; si Julio Verne no sucumbe, colaboran ustedes.

LAF. Tengo fantasía imaginativa y tengo un talismán. (*Saca del bolsillo del pantalón media herradura mohosa.*) Esta media herradura es de una pata. .

GUND. Claro.

LAF. Digo que es de una suerte que atonta. Desde que la poseo no hay nada para mí imposible. (*La besa y la guarda.*)

GUND. Pues si este negocio le sale a usted bien ..

LAF. Hoy depende de ti. Tú pones el punto final en el primer capítulo de esta novela. Los demás capítulos corren de mi cuenta.

GUND. Pondré un punto digno de usted.

LAF. No tengo que repetirte, que salir yo de la Iglesia casado y meterte tú entre la epidermis y la camiseta seis billetes de a mil, todo va a ser uno.

GUND. Habrá boda.

LAF. Ahora bien, Larreíta, te encargo mesura y memoria; si metes la pata, como me hiciste con la quincallera... suplica el simón.

GUND. Descuide usted.

LAF. Ronda por aquí, que yo me ausento.

GUND. Vaya usted tranquilo.

LAF. Mesura y memoria.

GUND. No se preocupe.

LAF. (Haciendo mutis por la izquierda.) Repasa las notas. Adiós. (Vase.)

GUND. Se casa porque voy a poner un punto a su primer capítulo, que más redondo no se lo pone Iturzaeta. Tiene razón; repasaré las notas. (Saca unos papeles y lee.) Hablar de su corazón; de la vida que dió a la difunta. De como trata a las mujeres y de la fastuosidad, que es único en el globo. De lo rápidamente que volvería a enamorarse... Sí, nada se me olvida. (Guarda las notas.) ¡Qué hombre! Está en todo. Bueno y ahora se casa. Hace quince años que viene persiguiendo la idea de una buena boda y es hombre que consigue lo que se propone. Ya ha estado nueve veces para casarse, pero claro, en cuanto entra en la casa de la novia, se lleva los cubiertos de plata, o agarra un jarrón de Sevres y lo pignora, y como el medio de que se vale para engatusar a las damas es hacerlas creer que es un Vandervil, choca que un Vandervil sustraiga y pignore, y lo estropea todo. Yo, ya se lo he dicho: señor Lafuente, hasta que no se vea usted fuera de la Iglesia, respete los objetos de arte. Veremos si me hace caso. Bueno, aguardaré por estos andenes. (Hace mutis por la derecha, primer término, diciendo.) Hablar de su corazón... de la vida que dió a la difunta... (Vase.)

CABEZÓN (Sigilosamente por la izquierda.) Las seis y no ha venido. ¿No vendrá hoy? ¿Después de esta visión macabra de mi tumba, que me eriza el cabello, no veré hoy a mi Ambrosia? Hay un grupo allá lejos... (Hace mutis cautelosamente por la derecha.)

POL. (El guarda, acechándole.) Como yo vea que te agachas a coger un pensamiento, te incrusto la estaca. (Observa, escondiéndose.)

CAB. (Cruzando la escena de derecha a izquierda, tembloroso, nerviosísimo.) ¡Ella!... ¡Ella! ¡La he visto! ¡Viene de luto y majestuosa! ¡El corazón me salta! .. ¡Valor, Dios mío!... (Vase.

POL. (Haciendo mutis tras él.) Quiá; a ti no te pierdo yo de vista. (Vase.)

(Por la derecha, último término, entra AMBROSIA ROSALES DE CABEZÓN, seguida de BENITA y LUISA. Ambrosia es una arrogante, elegantísima y despampanante jamona. Viene de luto riguroso; un luto vaporoso, teatral. Entra con andar pausado, majestuoso; se detiene ante el panteón, mira el busto de su marido, se lleva una mano al corazón y lanza un suspiro.)

BEN. Señora, hemos traído las flores y los crespones.

AMB. (Secándose una lágrima con un pañuelo negro.) Bien, está bien.

BEN. Vienen rosas, margaritas, claveles y azahar.

AMB. Bien, Benita, está bien.

BEN. Si la señora desea alguna cosa.

AMB. (Hipando.) Dame unas flores. (Benita la ofrece unas rosas.)

LUISA La señora está muy nerviosa.

AMB. Sí, es verdad, nerviosísima; dame azahar. Flores de azahar, que eran sus predilectas.

BEN. Tome usted. (Se las da.)

AMB. (Trágica, arrojando flores al busto de Cabezón.) Gabino, mientras no puedo cubrir de flores tus despojos y besar la tierra que avara los recoja, permíteme que floree tu busto a mi gusto. (A Benita y Luisa.) Esperadme en el auto. Dejadme sola. (Benita y Luisa se inclinan y se van por la derecha, último término. Ambrosia mira a un lado y a otro y dice.) No ha venido aún; esperaré. (Se sienta en un banco. Cabezón asoma la cabeza por el último término de la izquierda, la tira un beso y desaparece. Un momento de pausa y GUNDEMARO LARREA entra en escena por el último término de la derecha, ve a Ambrosia y se detiene.)

GUND. (Esta es.) (Tose.)

AMB. (Al oir la tos.) ¡Gabino!... ¡Gabino!...

GUND. (No hay duda.) (Estirándose los puños.) (Arriba el telón.) (Avanza y dice a Ambrosia.) Señora...

AMB. (Levantándose.) ¿Eh? ¿Quién?

GUND. Perdone que la distraiga un momento. Es

una pregunta que solo usted puede contestarme.

AMB. Usted dirá.

GUND. ¿Durante su permanencia en este lugar ha visto usted a un caballero distinguido, elegante, de unos treinta y cinco años...?

AMB. ¿Nada más?

GUND. A cincuenta.

AMB. (Turbada.) No, hoy no. Al menos yo no lo he visto.

GUND. Sin duda no ha venido.

AMB. No sé.

GUND. ¡Pobre amigo mío y jefe! ¡Qué dolor de hombre! (Enjuga una lágrima.) Perdone estas lágrimas, señora.

AMB. Llore, joven, llore; no detenga en sus lagrimales el ácido líquido.

GUND. Gracias, señora; pero estas lágrimas que vierto son hijas de un cariño sin límites, de un agradecimiento sin precedentes hacia ese hombre, que a pesar de su hermosísimo corazón y de su enormísima fortuna, es un ser digno de la más extraordinaria compasión.

AMB. ¿Pues qué le pasa a ese pobrecito?

GUND. (Dando un paso atrás.) ¿Le llamáis pobrecito? ¡Pobrecito, y sólo en obligaciones ferroviarias tiene empleados diez millones de pesetas!...

AMB. Ignoraba...

GUND. (Cada vez más enfático.) ¡Pobrecito, y sus palacios de Venecia, Chile y Nicaragua, están tasados por peritos agrícolas en seis millones de francos cada uno!

AMB. Serán un paraíso.

GUND. ¡Pobrecito, y su yot sumergible, blindado de platino, vale una fortuna! Yot, único en su clase; yot que maravilla; yot que asombra!...

AMB. ¿Pero es posible?

GUND. Yo, se lo juro. Pero, ¡ah! señora, pobrecito; tenéis razón, pobrecito.

AMB. ¿Qué le ocurre a ese señor... tan riquísimo?

GUND. ¡Riquisimo, y se pasa los días sin probar bocado!... Riquísimo y para torturarse habita un modesto cuarto de seis duros y no

lo paga. Riquísimo, sí, y con una docena de coches a la gran Dumont, va a pie!...

AMB. (Asombrada.) ¿Pero está loco?

GUND. Está cuerdo como yo y como usted cuerda.

AMB. Pues no me lo explico, joven.

GUND. (Señalando la tumba de Nina.) Ahí tiene usted la explicación. Ella, una mujer; una pasión, un frenesí.

AMB. ¡Ah!

GUND. Murió ella y para él terminaron lujos y esplendores. Cerró ella sus párpados y cerró él a piedra y lodo sus palacios y fincas. Apagó la muerte la bella sonrisa de aquellos labios, y para él solo hubo ya nubarrones en el cielo, crespones en la tierra y lágrimas en sus ojos.

AMB. ¡Qué corazón! Hombres como ese son mirlos blancos, que digo blancos, incoloros.

GUND. (Trato de las mujeres y fastuosidad.) El era feliz, señora; pero ella, ¡oh! Vivía para ella y alentaba para ella.

AMB. ¡Qué alma tan grande!

GUND. ¡Cómo le amuebló su palacio de Venecia! ¡Qué ostentación, qué fastuosidad! Cada vitrina era un museo: abanicos de concha y marfil a centenares, que parecían... un saldo; figulinas sevrescas agujas con los remates de pedrerías, del siglo quince; agujas del catorce, dagas florentinas, ¡qué sé yo! Yo me aturdía, señora; me aturdía.

AMB. ¡Oh! Parecería un divino cuento de hadas.

GUND. Pues, ¿y en cuadros? Aquella sala de los catorce frescos de Goya, donde recibía a sus íntimos; la sala de los frescos, como él la llamaba; valía un potosí. Y todo por ella y para ella, y ahora todo cerrado, abandonado, triste. ¡Oh! (Mirando al cielo.) ¡Qué mano de mujer generosa abrirá la puerta de oro de su corazón! ¡Qué voz de mujer volverá a decirle: «despierta; para un amor que murió aquí hay otro amor que vive!...» ¡Qué feliz sería esa mujer! Pero no soñemos. Mil perdones, señora, por mi inoportuna charla.

AMB. ¡Por Dios!...

GUND Y ahora, una súplica que me atrevo a implorar porque leo la bondad en sus ojos.

AMB. Diga usted, caballero.

GUND. Yo tengo que ausentarme; si acaso viniese y le diera el arrebato pasional.. mitigue su dolor y vierta en sus oídos una sola palabra de consuelo. Haga usted bien y tenga usted la amabilidad de no mirar a quien. Se trata de consolar a un triste.

AMB. Lo haré.

GUND. (Partiéndose la cintura.) Gracias, gran señora; a sus pies. (Haciendo mutis por el primer término de la izquierda.) (Si Lafuente no se corre hasta las diez mil, es un guarro.) (Vase.)

AMB. (Deslumbrada.) Un corazón noble y una fortuna inmensa; pero no es el oro de sus arcas el que me ha perplejado, sino el divino oro de su corazón. Ya lo supuse: quien dedica tan regio mausoleo, tenía que ser un Creso; quien llora como él llora, tenía que ser un apóstol del cariño. ¿Vendrá?... (Encarándose con el busto de Cabezón.) ¡Ah, Gabino, Gabino, en qué desamparo dejaste mi alma!... He debido preguntar a ese joven el nombre de ese desgraciado. (Como antes.) ¡Ay, Gabino! ¿Por qué has dejado mi corazón impresionable expuesto a los vaivenes irresistibles de la pasión? (Suspira.) Estoy nerviosísima; ese joven, inconscientemente, ha clavado un bien templado acero en mi corazón. (Viendo a Lafuente.) ¡El! Con los pensamientos de siempre. (Simula que reza.)

LAF. (Entra por el fondo. Trae en la mano un puñado de pensamientos. Adelanta pausadamente, se detiene ante la tumba de Nina, se descubre, arroja poco a poco las flores y dice con voz hueca y altisonante.) Aquí estoy, Nina adorada, como todas las tardes, para elevar a los cielos mi plegaria triste, esta plegaria mixta de oración y de madrigal.

AMB. (Que se levanta santiguándose.) (Es bequeriano.)

LAF. Volverán las oscuras golondrinas como todos los años a ser mudos testigos de este dolor creciente que me avasalla, me aniquila y me desmenuza. Muchos sacrificios he hecho hoy por ti; para cansar mi cuerpo he venido a pie y las caballerizas de mis palacios están llenas de potros indómitos y piafado-

res alazanes. Para desmayar mi cuerpo, no he comido, y las despensas de los susodichos están que se derrumban de jamones de Trévelez, faisanes de Asturias, chorizos de Pamplona, pastillas de Logroño y cabezas de jabalíes... ¡Todo por ti! Y estoy contento, Nina, porque estos paseos y estas abstinencias me acercan al sepulcro y para mí la muerte es la vida.

AMB. (¡Qué hombre!)

LAF. Sí, Nina. Del vacío en el inmenso piélago me dejaste. ¡Oh, Nina! A merced de una espumante ola de acerba tristeza, y yo bendigo esa ola que me vaivenea porque es rica en dolores. Sí, Nina; bendigo a esa ola dueña y señora de mí. ¡Ola señora! ..

AMB. (Volviendo la cara.) Muy buenas.

LAF. ¡Ola rica!...

AMB. (¿Qué dice este hombre?)

LAF. ¡Ola hermosa!...

AMB. ¿Eh?

LAF. Ola inmensa que sepultará para siempre mi cuerpo.

AMB. (No es conmigo: es que fantasea.)

LAF. Todo acabó para mí. Tú, antes de morir me digiste: ¡Busca, que quizás surja a tu paso otra mujer que te haga feliz! ¡No, Nina, no; como tú!... ¡Quién sabe!... Acaso, quizás... ¡pero no! Puede... pero ¡quiá! Sería una suerte loca... para ella, no para mí. Mi dicha está en las lágrimas, en los suspiros, en la muerte! ¡Llévame, Nina, contigo; mírame, Nina! ¡Mira cómo me retuerzo de dolor. (Pegándose.) ¡Ah! ¡Mira cómo azoto mi rostro; cómo flajelo mis carnes al pie de tu sepultura! (Se pega en los hombros, en el pecho y en los muslos, al par que llora.)

AMB. (Conmovida y asustada.) ¡Ah! Esto es demasiado. ¡Caballero! Caballero, no se cilicie más; deponga su martirio, se lo ruega una dama.

LAF. (Dejando de atizarse.) ¿Eh?... ¿Qué?... ¿Quién?...

AMB. ¡Caballero!...

LAF. (Como si despertara.) ¡Ah! ¡Sí, una dama, perdón; no había reparado! Creí estar solo y

esta creencia en la soledad, dejó correr el grifo de mis lágrimas.

AMB. (Persuasiva y cariñosa.) Caballero, la resignación y el llanto, son para la angustia, como el madrugador rocío para las flores que la noche oscura sumió entre sombras.

LAF. (El pensamiento es bonito, pero no lo entiendo.) ¡Ah, señora! (Parece que va a golpearse de nuevo.)

AMB. Llore, pero no se golpee.

LAF. Tranquilícese; su bonita frase ha sido para mí... (Gime.) (Eso del bálsamo está ya muy gastado.) Ha sido para mí... como la barrera para el lidiador perseguido por la fiera cornuda. (¡Novísimo!)

AMB. Bello símil.

LAF. Gráfico, señora; porque su voz que es un arrullo, más aún, el divino gorjeo de un canario flauta, fué para el caústico de mi pecho un bienhechor sedante; para las densas tinieblas de mi alma un potente faro, y para la debilidad de mi cuerpo desmayado un angélico consomé.

AMB. ¡Qué concepciones! ¡Qué imágenes, paralelas a las de Murillo! ¡Oh! ¡Bravo!

LAF. Bravo Murillo, yo no, señora. Yo no soy más que un pasional, algo poeta, a quien tortura un dolor.

AMB. (Encantada.) (Es elegante en la dicción y fértil en el pensar.)

LAF. (Satisfecho.) (La estoy flechando. Vaciaré el carcaj.) Sí, sí... ¿su gracia, gran señora?

AMB, Ambrosia Rosales.

LAF. Ambrosía de flores.

AMB. ¡Por Dios!

LAF. Por Dios, sí, que vertió sobre su alma virtudes de santa, y sobre ese cuerpo bellezas de huríes. (A un gesto de Ambrosia.) No me refuteis, porque en sus ojos, esplendidos escaparates de su alma, veo dos grandes tesoros, uno de bondad y otro de gracia.

AMB. ¡Caballero!

LAF. De gracia uno y otro de bondad: no me retracto. Jamás la falsía manchó estos labios que pronto han de besar la tierra para siempre.

AMB. ¿Piensa usted morir?

LAF. ¿Y para qué la vida, si la vida ya no me dice nada? Los amaneceres abrileños, no me dicen nada. Traspone el rojo Febo la cinta lontanante de occidente, lo veo hundirse como gigantesco pandero y no me dice nada. Contemplo el mar azul con sus costas roqueras, donde las olas baten y bajo cuyas aguas nada la ballena, y nada el congrio, y nada la sardina, y nada... no me dice nada. (Viendo a POLANCO que aparece por el último término de la derecha.) (¡Recongrio, el guarda; este me va a decir algo!)

AMB. Ya lo supuse, caballero.

LAF. (Por el guarda.) (Viene escamado.)

AMB. Cuando le ví llegar pausado, triste, reflexivo y con esos hermosos pensamientos... (El guarda al oir lo de los pensamientos, se detiene.)

LAF. (Atajándola con energía y golpeándose la frente.) Esos hermosos pensamientos nacidos aquí, en mi mente, durante los largos insomnios a que me condena el dolor. (Polaco se va por la izquierda.)

AMB. Se ha excitado usted.

LAF. (Siguiendo a Polaco con la vista.) Sí, pero ya pasó; Y es que, lo confieso, señora; no sé que imán potente y tónico poseen sus palabras, no sé qué extraños reflejos despiden sus pupilas, que acorderan mis nervios de chacal, aborregan mis fibras de león y apalomean mi corazón enemigo de arrullos. (¡Caray, tengo abandonada a esta!) (Acercándose al mausoleo.) ¡Ah, Nina, Nina!... ¿Por qué me dejaste con esta sed abrasadora de amor?

AMB. ¡Ah, Gabino, Gabino!... ¿Por qué abandonaste la vida, dejándome sola, con un corazón hambriento de amar?

LAF. ¡Ah!

AMB. ¡Cuánto sufro!...

LAF. Como yo. Pero...

AMB Pero qué...

LAF. ¡Señora! En el más espantoso y árido de los desiertos, no falta un oasis. En el más yermo de los campos y en el más seco de los valles, no falta una flor. En la más oscura de las noches, no falta un candil.

AMB. Es cierto.

LAF. ¿Seremos nosotros de peor condición que el campo yermo, el desierto árido y la noche oscura? ¡No, no!...

AMB. ¡Caballero!...

LAF. Quiero vivir. ¡Ah! (Como iluminado.) ¿Qué hálito de vida circula por mis venas? ¡Ambrosia!...

AMB. Qué.

LAF. (Acercándose persuasivo.) ¿No siente usted que un efluvio de primavera enciende su sangre?

AMB. No sé.

LAF. ¿No siente usted que una savia jóven le presta nuevo vigor.

AMB. Acaso...

LAF. ¿No siente usted, Ambrosia... (La coge una mano.)

AMB. (Retirándola.) Caballero, es demasiado... pronto. Cabezón nos mira.

CAB. (Asomándose.) ¡Recraneo, qué veo! (Se oculta.)

LAF. Señora, si nos mira Cabezón, que lo dudo, quizá aplauda este canto a la vida que sale a flor de nuestros labios.

AMB. Por Dios, señor de...

LAF. No os canseis; soy un misterio.

AMB. ¿Pero vuestro nombre?...

ZAC. (Escuchando ávidamente.) (¡Voy a saber su nombre!)

LAF. Mi nombre, ¿qué importa? Soy... uno, nadie Llamadme... Equis.

ZAC. (En un grito.) ¡¡Equis!!

LAF. (¡Rebazar! ¿Habrá sido el eco?)

AMB. Me oculta usted su nombre, me dice usted, llamadme Equis, una letra signo del misterio. Protesto, señor Equis.

LAF. ¡Ambrosia, Ambrosia!... ¿Por qué me protestais esa letra? (Cogiéndola una mano.) Ya os diré mi nombre, sí. Ahora si quereis saberle, mirad allí.

AMB. ¡Ah!

LAF. Allí está escrito: Lealé, lealó, leeló, como yo leolé... (Medio abrazándola.)

AMB. (Rendida.) ¡Equis!

LAF. Bien claro nos lo dice el destino; están entrelazados nuestros nombres como ya lo es-

tán nuestras almas, para no separarse nunca. ¡Nunca! ¡Maga mujer que me redime!... Luz divina de mis lobregueces...

AMB. ¡Equis!

LAF. (*Cada vez más enamorado y persuasivo.*) ¡Faro de mi mar turbulento!... Y yo quería morir.

AMB. ¡Equis!

LAF. ¡Ca! Vé.. vé cómo te idolatro, Ambrosia mía.

AMB. ¡Por Dios!

LAF. ¡Un ósculo!...

AMB. (*Desfallecida.*) ¡No, nunca; jamás! ¡Su tumba; su busto, su recuerdo!... ¡Me muero!...

CAB. (*Desde el fondo*) (¡¡Ah... villanos!!)

LAF. Me enloqueces .. ¡toma! (*La besa en la frente.*)

AMB. ¡Ah! (*Cae desmayada en los brazos de Lafuente.*)

CAB. (*Poniéndole una mano sobre el hombro.*) ¡Miserable!...

LAF. (*Saltando.*) ¡Caray! ¿Eh?...

CAB. Te he de arrancar la vida hasta el último hálito.

LAF. ¡Caballero!... (¿Pero de donde sale este loco?)

CAB. Morirás, fementido, porque al pié de esa sagrada tumba, has manchado con tus labios rufianescos el brillo inmaculado de mi honra.

LAF. Bueno, caballero, para que nos entendamos, porque esta dama pesa lo suyo, ¿Quién es usted?

CAB. ¡Granuja, encomienda tu alma!... (*Sacando un puñal y diciéndole en voz baja.*) Yo soy Cabezón.

LAF. ¡Ah!... (*Cae desvanecido sobre Cabezón, sin soltar a Ambrosia.*)

CAB. (*Sujetando el peso que se le viene encima.*) ¡Cobarde, te has privado, pero no importa; eso hará que mi puñal sea más certero!... (*Levanta el puñal para agredirle y ZACATECA que ha salido por izquierda, le sujeta la mano.*)

ZAC. ¡Quieto! ¡La vida de ese miserable me pertenece!...

CAB. (*Horrorizado.*) ¡Zacateca! (*Cae privado sobre Zacateca sin soltar a Lafuente y sin que éste suelte a Ambrosia.*)

ZAC. ¡Ah, Equis, Equis!

POL. (Que ha entrado por el fondo, levanta su garrote sobre la cabeza de Lafuente.) ¡Este es el ladrón: dejármelo!

ZAC. Detenga el fresno, guarda. Está privado. aguarde como yo a que vuelva.

LAF. (Como que voy yo a volver. ¡Yo no vuelvo ni atao!)

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Bar en un barrio de Madrid. Puerta de entrada en el lateral izquierda, último término. En el lateral derecha, primer término, otra puerta, y sobre ella el siguiente rótulo: TERTULIA Y BILLARES DEL BAR CAROLA. En el último término del lateral derecha, mostrador, pequeña anaquelería y puerta que simula que da acceso a la cocina. Hay en el Bar cuatro mesas, dos en el fondo, una a la derecha, casi en el centro de la escena, y otra en primer término izquierda.

—

(Al levantarse el telón están en escena ANGELINA, GUNDEMARO, VICARIO, VICTORIANO y SINFOROSO. Vicario es el encargado del Bar, Angelina una camarera del mismo; Gundemaro, Victoriano y Sinforoso, que ocupan la mesa del centro, ríen a carcajadas.)

VICT. ¡Señores, qué frescura! Bueno, yo los he conocido congelaos, pero este Lafuente es de los que te estrechan la mano, y como vayas a cuerpo, te has caído.

SINF. Pero es muy salao.

VICT. (A Gundemaro.) Bueno, continúa, ¿y qué pasó luego?

GUND. Pues nada, que el tío loco que se había presentado de improviso en el cementerio diciendo que era Cabezón, y ante el cual fingió un desmayo don Amadeo, se desmayó de veras cuando surgió el tal Zacateca.

VICT Tiene gracia.

GUND. Y a todo esto, el guarda de la necrópolis, con un garrote que el árbol de Guernica es

un florete, queriéndole sacudir al señor Lafuente.

SINF. Sí que era una situación.

VICT. Y tú seguías detrás del macizo, ¿no?

GUND. Quiá; yo en cuanto ví las actitudes, me coloqué al abrigo de un panteón que decía: «Señores de Laguardia», y pensé, aquí estoy más seguro, y desde allí presencié el epílogo de la tragedia que fué para tirarse de risa.

VICT. ¿A ver?

SINF. ¿Qué fué, tú?

GUND. Que el que decía que era Cabezón, se animó de pronto y le atizó una bofetada a Zacateca que lo atontó y al verlo en el suelo echó a correr, que ríete de un águila, y se perdió por los jardines, y en cuanto se percató el señor Lafuente de la huída del chiflado, dejó en el suelo a la viuda, comenzó a correr y a dar saltos, que yo creí que le habían puesto trampolines, y se desdibujó en el horizonte.

VICT. ¡Es único!

SINF. Se ha hecho acreedor a una estatua de nieve.

GUND. Es que además tiene una suerte que atonta, porque si lo del cementerio no le sale bien, a estas horas no podría tener a la viuda tan chiflá como la tiene.

SINF. ¡Ah! ¿Pero la ha chiflao?

GUND. Como que se va a casar con él. (Ríen.)

VICT. Hombre, ¿vendrá luego por aquí?

GUND. Le estoy esperando.

VICT. Pues le tenemos que hacer una ovación que deje memoria.

SINF. ¡Qué ovación; un homenaje!

VICT A ver si luego volvemos con esos y le paseamos en triunfo.

GUND. ¿Dónde vais ahora?

VICT Al Peli-Palas, que dan una película cómica de nueve mil metros.

GUND. Gachó, ¿y hasta cuándo dura eso?

VICT. Hasta pasao mañana: es sección continua.

GUND. Escucha, ¿y qué asunto tiene la película?

VICT. Uno que da la vuelta al mundo montao en un buey. Hasta luego.

SINF. Luego caeremos por aquí con los amigos.

GUND. Andar con Dios. (Mutis de Victoriano y Sinforoso por la izquierda.) Bueno, admiráis a Lafuente, pero cada uno de vosotros es un carámbano. (Llama.) Camarera.

ANG. Usted dirá.

GUND. Recado de escribir.

ANG. Sí, señor. ¡Ah! Me dijo uno de esos señores que usted pagaría lo de todos.

GUND. ¡Reconvite! ¿Yo?

ANG. Sí; señor.

GUND. Bueno; está bien. (Se retira Angelina, sirviéndole al poco tiempo lo que ha pedido.) Un carámbano es poco... Menos mal que luego pagará el señor Lafuente.

LUCAS (Que entra por la puerta de los billares acompañado de RODRÍGUEZ.) Nada, hombre, que eres un chambón.

ROD. Lo que me sucede es que hace un año que no cojo un taco.

LUCAS Anda, te invito a una cerveza para que no digas. (Se sientan a una mesa.) Camarera, dos tercios.

ROD. Chico, lo que noto es que andas pletórico de cuartos.

LUCAS Claro, no ves que continúo de amo.

ROD. ¿Pero el señor Cabezón sigue en Burdeos?

LUCAS Sí, hombre, ¿no ves que Zacateca está en Madrid? Y como ha venido con el exclusivo objeto de matarle...

(Angelina le sirve lo pedido.)

ROD. Pues chico, es una situación la de tu amo...

LUCAS Figúrate, él en Burdeos, y su viuda, ignorante de todo, en vísperas de casarse con ese señor Lafuente. Claro, como él no quiere que sepa nadie que vive, ni aún su propia esposa. . Bueno, yo estoy decidido; mañana mismo me voy a ver al señor Zacateca y le pido una tregua, porque si la viuda vuelve a casarse, menudo escándalo.

ROD. ¿Y quién es ese señor Lafuente, Lucas?

LUCAS Un tío riquísimo; casi un rajá. Tira los billetes de Banco como si fueran del tranvía Tiene unos palacios por ahí que son un asombro, dicen que tiene uno en Venecia que es una maravilla, y ahora más maravi-

lla aún, porque desde hace unos meses está trasladando a él todos los cuadros y objetos de valor que tenía el señor Cabezón en su casa.

ROD. ¡Rechifla! Cuando don Gabino se entere...

LUCAS No te digo nada. (Llama.) Bueno vámonos, que tengo que ponerle un telefonema, diciéndole que Zacateca no deja de rondar su casa. (Angelina se acerca y la paga.) Tome.

ANG. Muchas gracias.

ROD. Escucha, y el telefonema lo diriges a su nombre, ¿no? Musiú Cabezón.

LUCAS Quita, eso sería comprometerle. Le pongo el apellido en francés, musiú de la Tete grose. (Se van por la puerta de la izquierda.)

LAF. (Dentro.) Sí; adiós, Lucas; adiós.

GUND. (Levantándose.) El señor Lafuente.

LAF. (Entrando por la izquierda. Viene que quita el sueño, de frac o smokin, a gusto del artista, abrigo ligero y flor en el ojal. Trae un cuadro, un libro y una palmatoria, todo envuelto en sus correspondientes papeles. Se sienta.) Dios te guarde, querido Larreíta. (Deja sobre una silla los paquetes.)

GUND. Hola, don Amadeo. Aguardaba a usted con verdadera impaciencia.

LAF. Pues héme aquí.

GUND. (Por los paquetes.) Veo que esta noche ha cargado usted bien.

LAF. No he perdido mi tiempo, no. Ya verás. (Llamando.) Camarera.

ANG. ¿Qué va a ser?

LAF. Destapone una de tres cepas, Terry o Domeque, y escancie una copa.

ANG. Va en seguida.

LAF. Aguarda. ¿Qué apeteces, Gundemarito?

GUND. Tráeme un bocadillo de jamón en dulce en un Viena; otro de mortadela en otro y en otro, otro de foagrás; una ración de aceitunas con anchoas, otra de anchoas sin aceitunas, un poco de gruyer, otro poco de roqueforte y una ración de manchester con guindas. (A Lafuente.) ¿Y qué le parece a usted que beba?

LAF. (A Angelina.) Tráele una botella de champagne Moet-Sandón. Tráela abierta, que soy impresionable.

ANG. Sí, señor. (Se separa de la mesa, se acerca al mostrador, etc.)

GUND. Expresivísimas gracias, señor Lafuente.

LAF. Qué, ¿hay apetito?

GUND. Como que estaba loco esperándole. En cambio usted traerá el estómago que parecerá un economato.

LAF. Por ahí le andas, querido famélico, porque... ¡Qué mesa la de Ambrosia! ¡Cómo como! Tú habrás oído hablar de Lúculo, Heliogábalo, los Césares y demás comedores notables.

GUND. Sí, señor.

LAF. Pobrecitos; ayunaban. Aquellas comilonas eran tentes en pie. Si mis comidas se publicaran en el *Alrededor del Mundo*, diría la gente, una mentira más.

GUND. ¡Reconcho! ¿Púes qué le dan a usted?

LAF. Un día sí y otro no.... cólicos. ¿No ves que yo tenía preparado el estómago, lo más para unas judías estofadas o un ragout? Claro, comencé a atracarme de exquisiteces y abusé. Menos mal que me he aliado con el bicarbonato y digiero tal cuál.

GUND. Tenga usted cuidado con el bicarbonato, porque dicen que dilata el estómago.

LÁF. Es precisamente lo que yo necesito, Larreíta, que me lo dilate.

ANG. (Sirviendo a Lafuente la copa de cognac y el champagne a Larrea.) Ahora traeré lo demás.

GUND. Dese prisa.

(Vase Angelina.)

LAF. Mira, tiene Ambrosia un cocinero chino que presenta las carnes y los pescados de ciento nueve maneras distintas.

GUND. (Bostezando.) ¡Que tío!

LAF. Y da una forma a los platos que ni aun dándote veinte duros aciertas qué es lo que vas a meterte en la boca.

GUND. Debe ser notabilísimo.

LAF. A mí me estuperfacta. Yo que desde niño deliraba por la cabeza de jabalí y que no la había comido nunca, le indiqué que me confeccionase ese plato, ¿y cómo dirás que me puso ayer la cabeza?

GUND. ¿Qué sé yo?

LAF. Pues me puso la cabeza como un bombo y envuelta en gelatina.

GUND. ¡Qué original!

LAF. ¡Oh! Es estupendo. Esta noche nos ha presentado unas manos de cerdo con champiñón que ha sido el caos. Nos ha puesto las manos de una forma que no hemos tenido más remedio que chuparnos los dedos.

ANG. (Presentando en una bandeja lo que ha pedido Gundemaro.) Aquí tiene usted.

GUND. Gracias; mil gracias. (Se retira Angelina. Gundemaro, metiendo mano a las aceitunas, pregunta.) ¿Y ella, señor Lafuente?

LAF. Ella, la tengo para un manicomio.

GUND. Es usted único.

LAF. Bueno, estoy abusando de su pasión de un modo qne me da vergüenza.

GUND. Eso es verdad. Y apropósito, ¿vendió usted el último Greco?

LAF. En catorce mil duros.

GUND. ¡Qué barbaridad! ¿Tendrá usted ya una fortuna?

LAF. Figúrate. Ese Cabezón tenía en pinturas un verdadero tesoro. Yo, mal vendiendo sus cuadros he sacado ya más de cuatrocientas mil pesetas.

GUND. ¡Regoya!

LAF. No; mi vejez está asegurada. (Descubriendo el cuadro que trae.) Fíjate en esta tontería.

GUND. ¿Otro Greco?

LAF. No; este es de un autor desconocido, pero tiene cierto estilo Velazqueño. Es Simón Cirineo llevando la Cruz.

GUND. Es verdad; Simón Cirineo.

LAF Qué colorido, ¿eh? ¡Qué factura! Mañana se lo llevas a don Aniceto el anticuario, le dices que es un Velázquez y que apoquine cinco mil pesetas.

GUND. Don Amadeo, que usted abusa; bueno que pida quinientas pesetas, porque como antiguo es antiguo, pero decir que es un Velázquez...

LAF. ¡Ah! ¿Pero tú crees que este Simón no puede pasar por Velázquez? Y si me apuras, por Goya.

GUND. Bueno; me figuro que ya no quedarán más cuadros en la casa.

LAF. Sí, todavía quedan dos cuadros modernos en el comedor, dos pasteles de Zuloaga, pero los he dejado porque me ha parecido ya un colmo llevarme hasta los pasteles del comedor. Pero en fin, ahora la he tomado con los objetos de arte y me estoy hinchando. (Sacando la palmatoria que es entrelarga.) Hombre, fíjate en esta palmatoria que tiene tres siglos.

GUND. ¡Qué rara! Parece un barquito.

LAF. Y es un barquito. Le pone la vela y ya está.

GUND. (Por el libro.) ¿Y eso otro que trae usted enfundado? ¿Es una caja?

LAF. (Quitando al libro los papeles que lo envuelven.) Un libro; pero límpiate los ojos, Larreíta; repara, piel de cocodrilo, broches de oro y cantoneras cuajadas de pedrería. Mira qué variedad de piedras.

GUND. Qué cosa más linda.

LAF. Una bicoca.

GUND. (Abriendo el libro.) Cantos de Homero. (Hojeándole.) Canto catorce .. canto sesenta y dos... canto noventa y cinco... ¡Arrea! ¿Se ha fijado usted en los cantos que tiene?

LAF. Me he fijado nada más que en las piedras.

GUND. (Envolviendo en papeles los bocadillos y guardándoselos.) ¿Y trae usted algo más?

LAF. Varias monedas, que ignoro lo que valdrán, porque no entiendo como tú de numismática.

GUND. ¿A ver?

LAF. Mira. (Le enseña una moneda.) Parece cartaginesa, pero está tan borrosa... Aquí se ve una jota y no se ve más. ¡Qué sé yo! Esto no tiene carácter de moneda. Parece un disco.

LAF. Eso debe ser, un disco que tiene una jota.

GUND. Puede.

LAF. A ver estas otras dos.

GUND. (Examinándolas.) ¡Bah! Estas no valen nada, don Amadeo. Son monedas judías.

LAF. Ah, ¿pero son judías?

GUND. Sí, señor.

LAF. ¡Mira que no haberlas conocido yo!... Veo que he hecho el ridículo pero, ¿qué quieres? no siempre consigue uno lo que desea. Yo

esta tarde le había echado el ojo a una magnífica jarra de plata repujada que tiene en relieve la batalla de las Navas y que es donde sirven la leche ¡un primor! pero Ambrosia me dijo: no te lleves eso que es para el servicio, y me ha fastidiado.

GUND. Tiene gracia. (Envolviendo un trozo de queso y guardándoselo.) ¿Y usted qué le dice a doña Ambrosia?

LAF. Pues le digo que todo ello lo envío en doble pequeña a mi palacio de Venecia.

GUND. ¿Y no teme usted que algún día se descubra?

LAF. ¡Pechs! Después de casados, figúrate.

GUND. Hombre, ¿y a ese chiflado de Zacateca le ha vuelto usted a ver?

LAF. No me hables; afortunadamente hace ocho días que no me lo encuentro, pero esta mañana he sabido por qué me persigue y tengo la carne, que la de gallina es peluche.

GUND. Caray, cuente usted.

LAF. Figúrate que la Nina Petterson, de la tumba donde yo oraba, había sido la prometida de ese bestia. Ella, según Zacateca averiguó más tarde, le engañaba con un tal Equis, y es claro, Zacateca andaba como loco buscando a ese Equis y al verme a mí llorar de aquel modo ante la tumba de Nina, y oirme decirle a Ambrosia, llámadme Equis, pensó, tate, aquí está la incógnita.

GUND. Demonio.

LAF. ¿Cómo convenzo yo a ese hombre de que no soy Equis? Podría decirle la verdad, pero si se la digo, puede presentarse a la viuda, decirle que soy un sinvergüenza y adiós millones.

GUND. Tiene usted razón.

LAF. Tengo que pasar por Equis hasta que me case, porque después, cá.

GUND. ¿Y por quién ha sabido usted toda esa historia?

LAF. Por un marmolista que trabaja en casa de Galo Frías. Mira. (Enseñándole un retrato.) Esta es Nina Petterson.

GUND. ¡Rechifla, qué mujer! (Leyendo.) Para tí, Nina.

LAF. Ya ves que no he hecho el ridículo llorando

ante su tumba. Trae. (*Lo guarda.*) Lo guardaré porque puede servirme.

Gund. ¿Y qué hace usted cuando ve a Zacateca, señor Lafuente?

Laf. Huir como un corzo, Larreíta. Por eso estoy activando la boda.

Don. (*Que entra por la puerta de la izquierda. Viene enfundado en un largo abrigo de zalea, trae un morrión de piel blanca y una barba postiza blanca también. Quitándose la barba.*) ¡Hola, señores!...

Gund. Caray, Donoso, ¿de dónde sales?

Laf. Dios te guarde, muchacho.

Don. Vengo que hiervo. No sé si me hará daño sentarme aquí, porque sentarme entre ustedes es igual que sentarse en los picos de Europa. (*Se sienta.*)

Laf. El que habla, y en verano para helar el agua... mete un dedo. (*Ríen.*)

Gund. Bebe, hombre. (*Le sirve una copa de champagne.*)

Don. Se agradece. (*Bebe.*) Sidra, ¿eh?

Gund. ¡Pechs! De la familia.

Laf ¿Y cómo vienes de esquimal?

Don. Porque ahora anuncio una gran peletería. Fijarse en el reverso. (*Se pone de pie, se vuelve y enseña un gran cartel que pende de su espalda y que dice con grandes caracteres: «La Siberia. Conde de Romanones, 82.»*)

Laf. No puedes anunciar nada que te cuadre mejor.

Don. (*Sentándose de nuevo.*) El anuncio me cuadra, pero el sueldo no me redondea.

Gund. ¿Qué te dan?

Don. Cinco reales y este abanico. (*Saca un abanico y se echa fresco.*)

Laf. Mal pagado estás; yo pediría tres pesetas y un ventilador portátil.

Don. Es que todo está muy malo, señor Lafuente. Hoy si quiere uno ganarse una peseta, tiene que sudarla.

Laf. Pues tú la liquidas.

Don. Pero que liquidación verdad. (*Se abanica.*)

Gund. Pues a mí me dijeron que te habían llamado de la fábrica de galletas «La pasta chic», para que la anunciases.

Don. Sí, pero no me convino, porque el anuncio consistía en repartir unas galletitas petites

beurres, como reclamo, y yo me dije, los chicos no me van a dejar vivir.

LAF. Los chicos y los grandes, porque tú no sabes lo expuesto que es salir a la calle dando galletas. Y a propósito de galletas. Toma por si te conviene. (Le da una tarjeta.)

DON. (Leyendo.) «La Albúmina. Huevería.» ¿Y esto qué es?

LAF. Por si quieres anunciarla.

DON. ¿Hay que disfrazarse?

LAF. Tienes que salir de gallina.

DON. Hombre, salir de gallina .. prefiero dar galletas.

LAF. Te advierto que pagan nueve reales diarios.

DON. Si me dieran los nueve reales y un par de botas que es lo que más destrozo, salía de gallina.

LAF. Mediando yo, cuenta con las botas, pero oye, no lo cacarees.

DON. No señor.

LAF. Y si no te arreglas en «La Albúmina» te vas de mi parte a ver al dueño de esa bodega, «El Pámpano» y ese te da de fijo diez reales y un par de botas.

DON. ¿Y de qué salgo vestido?

LAF. De Baco, con dos botas al hombro.

DON. Bueno, ya lo pensaré, porque les advierto a ustedes que tengo a la vista un proyecto que como cuaje me hago de oro.

GUND. ¿Qué es, Donoso?

DON. Pues que como la gente es supersticiosa y creen que las jorobas dan buena suerte, pues voy a ver si vendo décimos de la lotería en un camello.

LAF. Mira, es una idea.

DON. (Levantándose.) Hay que discurrir, señor Lafuente.

GUND. ¿Pero dónde vas?

DON. A un desafío que tengo al billar con un amigo.

GUND. Pues anda con Dios, hombre.

DON. (A Vicario.) ¿Qué, señor Vicario, cómo terminó lo del punto de anoche?

VIC. Que lo arrojé a la calle de dos patás. Aquí no hay quien arme bronca, Donoso. A mí

se me acerca un parroquiano y me dice: aquel caballero viene a meter la pata, y antes de que termine está el caballero en la Casa de Socorro.

DON. Así debe ser.

VIC. Anda, pues esta tarde también ha habido jaleo.

DON. ¿También?

VIC. Uno que intentó marcharse sin abonar la consumación. ¡Mira que a mí! ¡A Vicario! en una camilla se lo han llevao.

GUND. ¡Qué bruto! Traerá usted bastante dinero para pagar esto, ¿verdad?

LAF. Por Dios, Larreita.

DON. Bueno, hasta luego. (Entra en los billares.)

GUND. Caray, porque este tío...

LAF. ¡Música! Si supieras tú las veces que me he marchado yo de los cafés y restaurantes sin pagar...

GUND. Caray, ¿qué hacía usted?

LAF. Pues comía cuanto me venía en gana, llevaba siempre una pesetita dispuesta y al primer violinista o bandurriero que se paraba ante la puerta y nos obsequiaba con un ¡ladrón, ladrón!... llamaba al camarero y le decía con aire ducal: «Dele esta mezquindad a ese lírico pedigüeño» y es claro, el camarero miraba la peseta, decía para su smokin, una de limosna, tres de propina y me pasaba el paño por la mesa con una elegancia que parecía educado en Berlin... y era de Mondoñedo.

GUND. Bueno, ¿y luego qué ocurría?

LAF. Nada; que el camarero confiado y tranquilo, se apoyaba sobre el velador a leer el *Ahí va* del fosforero y de pronto gritaba yo: ¡Pepe... Pepe... Garrido, Carrasco!... Me levantaba súbito, salía del café gritando: ¡Pepe... Garrido... Carrasco!... y así llegaba hasta los Cuatro Caminos.

GUND. Tiene gracia.

VIC. (En la puerta, hablando con Benita.) No sé por quién pregunta usted, joven.

BEN. (Por Lafuente.) Allí está.

LAF. ¡Recontra, Benita!

GUND. ¿Qué?

LAF. La primera doncella de mi futura, ¿qué me querrá? Perdona. (Se acerca a la puerta de la izquierda, habla dos palabras con Benita y hace mutis con ella llevándose el libro y la palmatoria.)

GUND. ¡Caray! (Llamando.) ¡Chist! ¡Señor Lafuente! ¡Señor Lafuente! Se ha marchado. ¡Bah! Volverá en seguida. No se ha despedido de mí y además se ha dejado aquí el cuadro. Bueno, pero si a lo mejor... Menos mal que tengo una peseta para una larga.

PEL. (Por la puerta de la izquierda. Se dirige al billar, pero al ver a Gundemaro se detiene.) Caramba, Gundemaro, chico, ¿pero qué es de tu vida? (Se sienta junto a Larrea.)

GUND. Hola, Pelaez. Pues nada, ya ves. Aquí estaba con un amigo que acaba de marcharse. Uno que se ha ido en automóvil ahora mismo.

PEL. Ah, sí, un señor muy bien portao, que iba con una muchacha muy guapa que parecía así como doncella.

GUND. Justamente. Se ha marchado de pronto, acaso vuelva en seguida.

PEL. Puede, pero yo oí que la doncella dijo al chofer: «A Bilbao.»

GUND. (Pegando un salto.) ¡Reporras! ¿Qué dices? ¿A Bilbao? ¿Pero tú oiste bien?

PEL. Divinamente.

GUND. ¡Bueno! (Comienza a sacar aceitunas y a colocarlas en el plato.) (Me la he buscado.)

PEL. ¿Y ahora, qué haces?

GUND. Pues ahora.. si te he de decir la verdad, no sé lo que hacer. (Comienza a poner bocadillos sobre la mesa.)

PEL. (Por los bocadillos.) Caray, tú; pareces un prestidigitador.

GUND. Déjate de chufleo y contéstame a uno pregunta. ¿A ti te gustan los cuadros antiguos? (Le enseña el cuadro.)

PEL. Hombre, a mí no, pero tengo un tío que se pirra por ellos. Tiene ya casi un museo.

GUND. (Viendo el cielo abierto.) Caramba, qué feliz casualidad. Podías ir a verle y llevarle este Cirineo a ver si le gusta.

PEL. El caso es que si voy a verle, voy a tardar un rato.

GUND. No importa; yo te espero.

PEL. Es que está en Guatemala.

GUND. Bueno, no continúes por la senda de la chirigota porque estoy como para darle dos bofetadas al que me guiñe un párpado.

PEL. ¿Pero qué te pasa, hombre?

GUND. Nada. (*Ajustando la cuenta.*) A Bilbao en un ochenta por hora... deben ser seis de ir y seis de volver, doce, y una para arreglar allí rápidamente lo que sea, trece, y son las doce menos cuarto. Este bar lo cierran a las dos, de manera que.. eso es. A las tres estoy en la Comisaría. Aminoraré la pena. (*Comienza a desliar bocadillos y a ponerlos cuidadosamente en los platos.*)

PEL. ¿Pero me quieres decir qué te pasa?

GUND. Mira, Peláez; tú eres algo casquivano y te habrás encontrado muchas veces al borde de un desfiladero y con un miura detrás.

PEL. No en situaciones tan cómicas como esa que tú pintas, pero en otras casi tan graciosas, sí. Recuerdo que hace dos meses...

GUND. Mira, mañana iré a buscarte para que me lo cuentes, pero ahora escucha.

PEL. Qué.

GUND. ¿Tú ves estas viandas y estos residuos y esta botella que ella sola supone unas veinte pesetas? Bueno, pues todo esto tenía que haberlo abonado ese caballero que acaba de irse a Bilbao.

PEL. Tiene gracia.

GUND. Sí; esto en un escenario es para revolcarse, pero aquí, y siendo yo el protagonista, es para estar como yo estoy que no me llega la camisa al cutis.

PEL. Te advierto que puedes disponer de cuarenta céntimos.

GUND. No es dinero lo que yo necesito de ti.

PEL. Pues si no es dinero pide lo que quieras.

GUND. Tú ahora sales, te das un paseo de cinco minutos, vuelves, te asomas, me llamas, vuelcas sobre mí el carro de los epítetos ofensivos; canalla, ladrón, sinvergüenza...

PEL. Comprendido.

GUND. Te echas a correr; yo me levanto airado, salgo detrás de ti... y ya veremos dónde paro.

PEL. Al cabo de la calle.

GUND. Qué al cabo de la calle; en Toledo.

PEL. Digo que ni media palabra más. (Levantándose.) Pues empieza el acto. (Alzando mucho la voz.) ¡Eso se lo digo a usted en la calle lo mismo que aquí!

GUND. ¡En la calle me lo dice usted y le asesino!

PEL. ¡Había que verlo!

GUND. ¡Cuando usted guste!

PEL. Ahora no; pero si ahí enfrente me dicen lo que espero, vendré a buscarle a usted. (Jura.) ¡Por éstas!

GUND. ¡Vaya usted al cuerno!

PEL. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Pues, hombre! ¡No tuviera más que ver! ¡No ha fastidiao! (Vase.)

VIC. (Que con Angelina se han acercado a Gundemaro.) ¿Qué ha sido?

GUND. Ese sinvergüenza que me ha entregado quinientas pesetas en vez de setecientas que me tenía que entregar. Y no son las doscientas pesetas las que me duelen, que doscientas pesetas las quemo yo en una vela. Es la acción.

VIC. Pues como vuelva se la ha buscao.

GUND. (¡Caray!) (Suena dentro un violín.)

ANG. Así se ven algunos como se ven. Ahí tiene usted a ese que está tocando el violín, el señor Victoriano; veinte años de concertino en el Real y por su mala cabeza tiene hoy que rascar una parrilla en la vía pública.

GUND. ¡Pobre hombre! (Ha llegado el momento.) (Dándole una peseta a Angelina.) Haga usted el favor de darle estos cuatro reales a ese del Real.

ANG. Con mucho gusto. (Una de limosna. De propina me suelta un duro como una pandereta.) (Hace mutis por la puerta de la izquierda y vuelve en seguida.)

GUND. (La peseta ha hecho su efecto. Es un genio don Amadeo.)

ANG. (Muy cariñosa a Gundemaro.) ¿Le traje a usted palillos?

GUND. Creo que sí.

ANG. Con su permiso voy a limpiar por aquí, que escurre.

GUND. Muchas gracias (Angelina limpia la mesa y sonríe. Larrea sonríe también) (Ya verás luego qué risa. No va a haber palabras en el diccionario.)

VOZ (Que se supone es la del violinista, desde la puerta de la izquierda.) Dios premie a los corazones generosos.

VIC. (De muy mal talante.) ¡Retírese, retírese!

GUND. (¡Caray, qué fiera de hombre! Cómo le avisaría yo a Peláez, porque como vuelva le hace cisco.)

PEL. (Desde la puerta de la izquierda) ¡Ladrón, canalla, sinvergüenza!

GUND. ¿Es a mí?

PEL Sí, señor, salga usted a la calle, so granuja.

GUND. Ahora mismo. (Intenta escaparse.)

VIC. (Sujetándole.) ¡Quieto!

ANG. ¡Por Dios!

PEL. Dejadle; si no se atrave a salir. Si es un gallina.

GUND. ¡Soltadme!

VIC (A Peláez.) ¿Le es a usted lo mismo que salga yo?

PEL. Con usted no tengo nada que ventilar; es con ese mal nacido.

GUND Soltadme que me ha llamado mal nacido.

ANG. No se pierda usted, señorito.

GUND. ¿Cómo que no? En cuanto salga a la calle me pierdo.

PEL. Bocón; salga usted, que está usted haciendo una pantomima.

GUND. ¿Una pantomima?

VIC. Vaya, esto se acabó. (Coge una botella y se dirige a Peláez.)

PEL. ¡Mi madre! (Se va corriendo. Vicario hace mutis corriendo tras él.)

GUND. (Horrorizado.) (¡Atiza!)

ANG. Ya ese está aviao.

PEL. (Dentro.) ¡Socorro!...

GUND. Suélteme usted que lo aniquila, digo, que lo aniquilo.

LAF. (Por la puerta de la izquierda con el libro debajo del brazo.) ¿Qué te ocurre, Larreíta?

GUND. (¡Respiro!) (A Angelina.) Puede usted soltarme, no salgo; palabra. (Sentándose junto a Lafuente.) Creí que no volvía usted.

LAF. Hombre, ¿iba a dejarte en la estacada?

(Gundemaro empieza a guardarse los bocadillos y las aceitunas.) No he ido más que ahí, a la plaza de Bilbao. Nada, la pobre Ambrosia que tenía un dolor de muelas de esos de rabiar. Al principio me asusté porque me dijo la doncella, la señora está rabiando, figúrate; pero, nada, le han extraído dos muelas y ya está como unas castañuelas.

GUND. Pues no sabe usted el ratito que he pasado, porque como no tenía dinero para pagar...

LAF. ¡Bah! (Llamando.) A ver, camarera. (Angelina se acerca.) Cobre. (Le da un billete.)

VIC. (Por la izquierda.) ¡Como que se me iba a escapar!

GUND. ¿Le ha cogido usted?

VIC. Antes de llegar a la Glorieta.

GUND. (¡Pobrecillo!)

VIC. Y le he dado un botellazo en mitad del hongo que le he quitado la cabeza. Aquí traigo el cuello. (Saca el cuello de una botella.)

GUND. (¡Qué bruto!)

VIC. Ya tiene lo suyo Y lo que me ha hecho gracia es que se ha levantao y ha apretao a correr gritando: «Haga usted acopio de tafetán inglés, porque luego irá mi primo a hacerle a usted una visita, so cafre.» ¡Qué risa! Lo menos se cree que me ha asustao.

GUND. (A Lafuente.) Pues como venga el primo veo a éste en una cama de operaciones.

LAF. ¿Tan bruto es ese primo?

GUND. Tiene una fuerza que en donde pone un pie hace un bache. (Ríe Lafuente. En este momento entra ZACATECA por la puerta de la izquierda y se sienta a la mesa situada en este lateral. Gundemaro dice apuradísimo a Lafuente.) No se ría usted.

LAF. ¡Ja, ja, ja!... ¡Es que me ha hecho gracia eso de que pone el pie!...

GUND. Que no se ría usted que ha entrado Zacateca.

LAF. (Encogiéndose y sin atreverse a volver la cara.) ¡Repuño!

GUND. No vuelva usted la cara.

LAF. ¡Qué he de volver!

ANG. (A Zacateca.) ¿Qué desea usted tomar?

ZAC. (Con voz de trueno.) Ron.

ANG. En seguida.

GUND. ¡Vaya un geniecito! (Zacateca saca del bolsillo un cuaderno y una pluma stilográfica.)

LAF. (Muerto de miedo.) ¿Qué hace?

GUND. No le distingo.

LAF. Por tu madre, Larrea: no pierdas de vista sus movimientos.

GUND. Descuide usted.

(Zacateca escribe.)

LAF. ¿Qué hace ahora?

GUND. Está apuntando.

LAF. (Agazapándose.) ¡Caray! ¿Con qué?

GUND. Con una stilográfica.

LAF. Entonces son notas.

GUND. Eso debe ser.

LAF. Oye, ¿qué notas?

GUND. No las veo.

LAF. Digo, qué notas en su semblante.

GUND. Una ira reconcentrada que da espanto. ¡Rechina los dientes!

LAF. Estoy perdido, Larrea. Yo me pongo malo. Las manos de cerdo se me están poniendo de pie.

GUND. Aguarde usted. El del mostrádor va a salvarle.

LAF. No me dejes solo, que tira.

GUND. No hay más remedio. Prudencia. (Se dirige al mostrador y habla en voz baja con Vicario.)

LAF. (Estoy como vulgarmente se dice, entre el acero y el tabique.)

VIC. (Por Zacateca.) ¿Aquél señor?

GUND. Sí, pero no señale usted.

VIC. ¿Que viene a matar a uno? Vamos, hombre; ahora verá usted. (Se dirige hacia Zacateca.) Caballero, usted perdone. Son las doce. aquí cerramos a esa hora y no es posible servirle lo que ha pedido. Le agradeceré que abandone el local y vuelva mañana a las nueve que es cuando se abre.

ZAC. (De mal talante y sin dejar de mirar a Lafuente.) Está muy bien. De modo que como va usted a cerrar saldrán todos los que están aquí dentro, ¿no?

VIC. Sí, señor.

ZAC. Está muy bien. (Se levanta.) Me parece que podré pasear por delante de esa puerta, ¿no?

VIC. En la calle es usted muy dueño.

ZAC. Está muy bien. Buenas noches. (Se va.)

LAF. (Medio muerto.) Ha entrado aquí por mí. ¡Me ha visto!... ¡Ay, Larrea, has perdido un amigo! (Intenta beber y se le cae el agua.)

GUND. Calma, señor Lafuente. Confíe usted en su herradura.

LAF. Tienes razón. Mira qué estuche le he mandado hacer, pero creo que esta vez no me sirve. Escucha, asómate a ver lo que hace.

GUND. Sí, señor. (Se asoma a la puerta.)

LAF. ¿Qué hace, Larreíta?

GUND. Está en la calle silbando *La tempestad.*

LAF. ¡Caracoles!

GUND. Esa frase que dice... (Cantando.)
«Morir puedo ya...»

LAF. Escucha, desafinas o es que yo no oigo bien.

GUND. No sé.

VICT. (Desde la puerta de la izquierda.) ¡Ahí está! (Lafuente, que bebía, espurrea asustado.) Ahí tenéis al coloso de la congelación.

(Entran con gran algazara VICTORIANO, SINFOROSO, MARCELINO y cuatro Juerguistas más y cuantos actores haya disponibles.)

SINF. ¡Viva el sorbete!

TODOS ¡Viva!

VICT. ¡Viva el Polo Norte!

TODOS ¡Viva!

LAF. Bueno, ¿pero a qué vienen estos vivas frigoríficos?

VICT. Pues vienen a que le vamos a hacer a usted una ovación que se va a quedar la gente helada. Andad, muchachos, subidle en alto.

TODOS Sí; eso.

MAR. ¡Arriba con él!

(Le suben en hombros.)

LAF. ¡Pero señores!...

VICT. ¡Viva el tío más fresco de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía!...

TODOS ¡Viva!

LAF. Bueno; apearme, que no estoy para bromas.

SINF. A darle un paseo por la calle.

LAF. ¡No, a la calle, no!

VICT. Sí, a la calle.

TODOS A la calle.

LAF. ¡A la calle no, que me tiro!

DON. (Por la puerta de los billares.) ¿Pero qué pasa?

LAF. ¡Ah, Donoso! Bajarme un momento, que tengo que hablar con este amigo. Yo os juro que me sacáis a la calle.

GUND. Bajarlo, hombre; dejarle que aterrice.

LAF. (Aterrizando.) Escucha, Donoso... (Le coge del brazo y hace mutis por la puerta de los billares.)

GUND. ¿Pero a dónde le pensáis llevar?

VICT. A darle una vuelta. Capricho de hacerle una ovación en el arroyo pa que luego nos convide.

GUND. Sí que tenéis humor.

LAF. (En la puerta de los billares, abrochándose el abrigo de zalea de Donoso, y colocándose la barba blanca y el gorro.) ¡Chis!... ¡Ovacionadores!...

VICT. (Riendo.) ¡Miradle! (Rien todos.)

LAF. Como voy a hacer pronto una buena boda, y un escándalo podría perjudicarme, me he puesto este disfraz por si tropezamos con algún conocido. Ahora podéis sacarme de aquí y llevarme hasta el Parque del Oeste si queréis.

GUND. No tiene par...

SINF. Arriba, muchachos.

TODOS Vamos. (Le suben.)

DON. No estropearme las zaleas.

VICT. ¡Viva el señor!...

LAF. (Tapándole la boca.) Gritar viva la Siberia, que puede que os den algo.

VICT. ¡Viva la Siberia!

TODOS ¡Viva! (Hacen mutis llevándose en brazos a Lafuente.)

VIC. (A Angelina.) ¿Ves? Estas escenas de buen humor y alegría, lejos de perjudicar, deleitan. (Dentro se oyen gritos de viva la Siberia.)

ZAC. (Entrando.) Buenas noches.

VIC. (¡Caray, el criminal!)

ZAC. Una pregunta. ¿Este Bar tiene alguna otra salida?

VIC. No, señor.

ZAC. Y esos son billares, ¿no?

VIC. Billares, cuartos de tresillo y demás dependencias.

ZAC. (¡Ese miserable se ha escondido!) ¿Cuánto quiere usted por este establecimiento?

VIC. ¿Eh?

ZAC. Soy muy rico; pida usted lo que quiera.

VIC. Pues... (¡Caray, yo me aprovecho!)

ZAC. ¿Cuánto quiere usted?

VIC. Quince mil pesetas.

ZAC. Está muy bien. (Saca un talonario de cheques y escribe.) Tome usted. Puede usted hacer efectivo este cheque mañana mismo en el Río de la Plata. (Le da el cheque.) Retírese.

VIC. Pero...

ZAC. Pueden ustedes retirarse.

VIC. Angelina agarra el mantón. (Se pone su sombrero.) Aquí tiene usted la llave de la puerta. Ea; salud y parroquia.

ZAC. (A Angelina.) Tome usted. (Le da un billete.)

ANG. Muchas gracias. Buenas noches.

ZAC. Buenas noches.

VIC. (Haciendo mutis con Angelina.) Está como para que lo aten con alambres. (Vanse.)

ZAC. (Sentándose frente a los billares y colocando sobre la mesa un puñal.) No tengo prisa, esperaré a que se marchen los pocos parroquianos que quedan ahí, y cuando haya salido el último, cierro la puerta, le busco y le asesino.

(En este momento vuelven a entrar en escena todos los Juerguistas con el señor Lafuénte en alto.)

VICT. ¡Viva la Siberia!

TODOS ¡Viva!...

ZAC. A estos juerguistas los echo yo.

GUND. (Por Zacateca.) (¡Atiza!)

LAF. (Idem.) ¡Repuñales!

ZAC. Señores, no quiero escándalos en este establecimiento que acabo de comprar.

VICT. Es que estamos ovacionando a este monumento.

ZAC. Pues a ese monumento se lo llevan ustedes al Hipódromo y allí pueden dejarle sordo a fuerza de gritos. Yo tengo que cumplir un juramento que he hecho y lo cumplo por la santa memoria de mi madre.

LAF. (Disimulando la voz.) Llevadme al Puente de los Franceses.

ZAC. Largo de aquí.

SINF. Ya vamos, hombre, que no es este el único Bar que hay en Madrid.

LAF. (Como antes.) Vámonos.

GUND. Sí, vámonos.

VICT. ¡Vivan los témpanos!

TODOS ¡Vivan! (Se van de nuevo. Lafuente dice adiós con la mano a Zacateca.)

ZAC. Ahora paciencia y reposo. (Vuelve a sentarse frente a la puerta de los billares.)

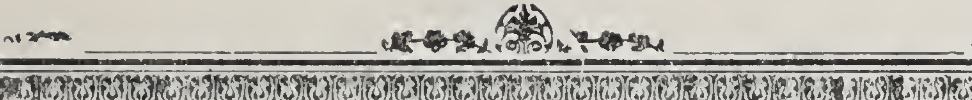
ATIL (Por la izquierda. Es un tío que mete miedo.) (Aquí es. Bueno, el chichón que tiene mi primo y el destrozo del hongo, le cuestan a este tío medio año de cama. ¡Buenas noches!

ZAC Muy buenas.

ATIL. ¿El dueño de este Bar?

ZAC. Servidor de usted. (Atilano le atiza un puñetazo que lo derriba y luego comienza a darle puñetazos, a tirarle banquetas. Zacateca se mete apresuradamente en el cuarto de los billares y Atilano le sigue dándole golpes. Se oyen ruidos dentro como si hubieran tirado un velador con varios servicios y salen corriendo del cuarto dos Jugadores con sus tacos y hacen mutis por la puerta a todo correr. Sale Atilano muy satisfecho y dice:) ¡Liquidaos! (Dentro se oye un estentóreo viva la Siberia. Telón rapido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Habitación elegantísima en casa de Ambrosia. Mirador voladizo con cristaleras en el fondo. Dos puertas en cada lateral. Es de día.

—

(Al levantarse el telón, AMBROSIA, que viste un elegante traje gris, lee un bien encuadernado libro, en la más indolente de las posturas. Por la segunda puerta de la derecha entra en escena BENITA trayendo en una bandeja una tarjeta pequeñita.)

BEN. Señorita; esta señora, desea ver a la señora.

AMB. ¿Quién? (Toma la tarjeta y lee.) Concepción M. de Riza... No la conozco. ¿No se habrá equivocado?

BEN. No creo, señorita: la señora ha dicho el nombre de la señora.

AMB. Entonces no cabe duda. Que pase. (Vase Benita por la segunda puerta de la derecha.) Concepción M. de Riza... Nada, no tengo ni la menor idea.

CONCHA ¿Se puede?

AMB. Adelante.

CONCHA (Entrando.) ¡Ambrosia!

AMB. ¡Concha! ¡Tú!... ¡Pero mujer!... (Se abrazan.)

CONCHA Te sorprende mi visita, ¿verdad?

AMB. Claro, yo te suponía en Badajoz. Además, que este nombre, (Por la tarjeta.) chica, me dejó perpleja. (Se sientan.)

CONCHA Lo comprendo. Cuando le di la tarjeta a la doncella pensé, Ambrosia se va a hacer un

lío, porque después de tres años sin vernos ignora que me he vuelto a casar.

AMB. ¡¡Por cuarta vez!! Pero eres el demonio, siéntate; de diez años a esta parte llevas cuatro maridos.

CONCHA Sí, hija, sí; de diez llevo cuatro. He sido muy desgraciada y eso que este último, Cándido de Riza, está loco por mí.

AMB. Claro, cómo iba yo a suponer que esta Concepción M. de Riza era el diablillo de Concha Mata.

CONCHA Verás, oculto mi apellido porque la primera vez que lo puse hice el ridículo. Leían Mata de Riza y creía la gente que era un excéntrico.

AMB. (Riendo.) Veo que no has cambiado. ¿Y cómo tú por Madrid?

CONCHA Pues he venido a ver si transijo los tres pleitos que tengo en tramitación

AMB. ¿No eran dos?

CONCHA Sí, pero al morir mi tercer marido entablé el tercero; una mayor cuantía.

AMB. ¿También era rico tu tercer marido?

CONCHA Riquísimo.

AMB. No he tenido el gusto de conocer a ninguno de ellos, pero me figuro que entre los cuatro, los habrás tenido como en los surtidos, variados.

CONCHA Figúrate. El primero era altísimo, una figura arrogante, delgado... (Enjugándose una lágrima.) ¡Pobre Redondo! El segundo, poquita cosa; desmedrado, enteco, chiquitín.. ¡Desgraciado Robles! (Nueva lágrima.) El tercero, jefe de talleres de unos altos hornos, vamos, lo que vulgarmente se dice el principal, era un hombro todo pasión, todo fuego. ¡Desdichado Frías!

AMB. De modo que dices que el primero era Robles ..

CONCHA No, mujer; el primero era el alto, el segundo el bajo y el tercero el principal. Ahora me he casado con este Riza que es dueño de la mejor funeraria de Badajoz, titulada «El muerto al hoyo» y no me he vinculado antes porque me entretuvo un sinvergüenza, que, mira, Ambrosia, tú sabes que yo corto

un cabello en la atmósfera, bueno, pues ese pillete de barón de La Fontana, así se llamaba, se burló de mí de la manera más imbécil que tú puedes imaginarte.

AMB. ¡Pobre Concha!

CONCHA Hubiera engañado a cualquiera, porque hija, abría la boca y te alelaba.

AMB. ¿También era rico?

CONCHA Un Creso. Solo uno de sus palacios, el de Montecarlo, estaba tasado por peritos agrícolas en seis millones de francos.

AMB. Qué barbaridad.

CONCHA Y el de Bolivia, según me dijo un amigo suyo, un chico simpatiquísimo, era un cuento de Hadas. Tenía un acuarium completo, hasta con sanguijuelas y un banco de ostras que era un emporio.

AMB. ¿Y cómo no te casaste con él?

CONCHA Porque era un cleptomano.

AMB. ¿Cómo has dicho?

CONCHA Vamos, que robaba; ahora llaman así a los ladrones. Figúrate que una tarde sorprendí a La Fontana llevándose dos ánforas griegas y una rodela que era de Redondo.

AMB. ¡Jesús! ¿Y qué hiciste?

CONCHA Me callé hasta saber a qué atenerme, pero a los dos días me lo encontré en la escalera cargado con una palangana de China. Vi claro lo de la cleptomanía y le dije dos frescas. El dejó la palangana en un peldaño y repuso: «puesto que tú lo quieres, yo me lavo las manos», bajó a trompicones y huyó como un corzo.

AMB. Qué cosa tan rara; robar nadando en la opulencia.

CONCHA Hay hombres capaces de todo, Ambrosia.

AMB. Tienes razón, pero tú has vuelto a casarte.

CONCHA ¿Y estás tú segura de no reincidir?...

AMB. (Suspirando.) ¡Ay, Concha!

CONCHA ¡Malo! Te veo en la pendiente.

AMB. ¡Pero qué pendiente!... ¡Un tobogán! Le he dado muchas vueltas y he caido al fin. Sí, Concha; me caso dentro de seis días. Hago una boda de amor y de interés.

CONCHA ¿Y quién es el feliz mortal?

AMB. Don Amadeo Lafuente, un hombre que en fortuna puede parangonearse con el Barón de quién me hablabas.

CONCHA Mil enhorabuenas.

AMB. Las acepto, porque puedo asegurarte que si Cabezón me hizo feliz, este me llevará al apoteosis. ¡Qué apasionamiento el suyo; que imágenes, qué tropos!... Me habla de amor y su verbo es un atropellante río de poesía. Me habla de arte y sus ojos centellean admirados en los cuadros y las figulinas. Y entendido, ¡oh! Lo tasa todo con una rapidez que deja atónita: esto vale tres mil, este cuatro mil, esto puedes tirarlo... ¡Oh! Es de una cultura que sobrecoge.

CONCHA ¿Y dónde pensais pasar vuestra luna alcarreña?

AMB. Verás, al principio pensó Amadeo que nos trasladásemos a su palacio de Venecia; un palacio que fué de los Dux y ahora va a ser de los dos, y en el cual vamos a fijar nuestra residencia en lo futuro.

CONCHA ¡Oh!

AMB. Pero luego pensó y fundadamente que sería mejor hacer un viaje de seis meses por Asia y América remarando en Méjico para depositar una corona en el monumento que mandé erigir a Cabezón.

CONCHA Lindísima turné. ¡Se disfruta tantísimo viajando con el ser amado. Nunca olvidaré el viaje de novios que hice con Robles, a los picos de Europa. ¡Qué idealidad! Bien es verdad que fuimos por los aires.

AMB. ¿En biplano?

CONCHA No, que él estaba enfermo del pecho y aquellos aires...

AMB. Ah, sí... prescripción facultativa.

CONCHA Justo. Escucha, supongo que habrás recibido valiosos regalos.

AMB. No puedo quejarme: cosas preciosas y costosas. Casi todos están ya en Venecia.

CONCHA Ni qué decir tiene que el regalo de él habrá sido kaiseresco. Algún aderezo...

AMB. Eso para él hubiera sido una futesa. Soy dueña de un palacio junto al Bósforo.

CONCHA ¡Chica!

AMB. Me lo regaló la tarde que le hablé de tú.

LUISA (Por la primera puerta de la derecha.) Señora.

AMB. ¿Qué?

LUISA Han terminado de embalar los dos vargueños que se van a enviar a Venecia.

AMB. Voy en seguida. Concha, con tu permiso.

CONCHA No faltaba más.

AMB. Vuelvo en seguida (Vase con Luisa por la primera puerta de la derecha.)

CONCHA Esta criatura ha sido siempre una suertosa extraordina. Yo no puedo quejarme; cuatro maridos y todos ricos, pero ésta ha pescado dos de folletín.

(Se sienta, coge un album y le hojea. Por la segunda puerta de la derecha entran en escena BENITA y GUNDEMARO.)

GUND. La tarjeta lo dice bien claro: ven a buscarme a las doce a casa de Ambrosia. Si no estoy, espérame.

BEN. Está muy bien, señorito. Lo comunicaré a la señora. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

GUND. (Cuando me manda venir, algún peligro le amenaza.) (Se sienta y tose. Concha le mira.) ¿Señora?..

CONCHA Beso a usted la mano.

GUND. (¡Recristina; la badajonense! Este es el peligro.) (Disimula mirando al techo.)

CONCHA (Calándose los impertinentes.) (Calle; yo quiero recordar a este joven... Sí, justo: este es Silva, el amigo de La Fontana... Luisito Silva...

GUND. (A esta señora hay que echarla de aquí, sea como sea.) (Mira al techo nuevamente y silba.)

CONCHA Silva, amigo, Silva...

GUND. ¿Cómo?

CONCHA ¿Pero no se acuerda usted ya de Concha Mata?

GUND. ¡Concho... digo Concha! ¡Usted!

CONCHA La misma.

GUND. ¡Qué sorpresa! ¡Quién me lo iba a decir!... (Alargándole la mano.) ¿Qué tal?

CONCHA Ya usté lo ve.

GUND. Lo veo; bellísima, hermosísima, jovencísima...

CONCHA Qué, ¿sigue usted frecuentando la amistad del barón?

GÚND. ¿De qué barón?
CONCHA De La Fontana.
GUND. ¡Ay, ya, claro. Conozco a tantos barones, que... Pues sí, digo no... ¡ya está!
CONCHA ¿Eh?
GUND. Estaba dando vueltas y ahora acabo de caer. La Fontana.. ¡pobre amigo mío! Falleció.
CONCHA ¡Ha muerto!
GUND. Sí, señora, ¡qué espanto! Se llevó cuatro meses sufriendo.
CONCHA ¡Se llevó cuatro meses!
GUND. No pudo llevarse más. (¡Santa Rita, que no venga!)
CONCHA Dios lo haya perdonado. Era muy simpático y muy atrayente.
GUND. Y ahora que vuelvo a caer. ¿No le han avisado a usted de... Mahón?
CONCHA No; a mí no.
GUND. Caramba, pues me extraña, porque el Notario quedó en avisar a todos los herederos.
CONCHA ¿A todos los qué?
GUND. Herederos. Y digo que me extraña, porque usted en el testamento tenía una participación de cien mil pesetas.
CONCHA ¿Pero eso es cierto?
GUND. Ciertísimo. Y otra participación en el Banco.
CONCHA ¿En cuál?
GUND. En el de ostras.
CONCHA ¿Pero ese notario en qué piensa?
GUND. ¡Qué se yo!
CONCHA Ah, pues yo le pongo un pleito en seguida. ¡Pobre La Fontana! La verdad es que estuve muy severa con él. Lo que él me hizo fué algo sucio, pero no dejarle yo que se llevara la palangana, estuvo muy mal. ¿Y ese señor que ha dejado de avisarme, cómo se llama?
GUND. Don... don Justo López Molina, Notario de Mahón.
CONCHA ¡Pero qué sorpresa!
GUND. Toma; en Mahón es notorio que le ha dejado a usted esa cantidad: lo sabe todo el mundo.
CONCHA ¡Quién iba a figurarse!... ¿Y dice usted que se llama López Molina.

GUND Sí, señora.

CONCHA Y que es notorio...

GUND Notario.

CONCHA Digo notorio lo de la herencia.

GUND Notorísimo.

CONCHA ¿A qué hora sale el rápido para Barcelona?

GUND. No sé, pero dese usted prisa, porque la Central la cierran dentro de diez minutos.

CONCHA Sí, voy. ¿Amigo Silva?...

GUND. ¿Señora Mata?...

CONCHA Luego, si tengo tiempo, vendré a despedirme de Ambrosia. Adiós.

GUND. Adiós, señora.

CONCHA (Haciendo mutis por la segunda puerta de la derecha.) López Molina, Notario, Mahón. (Vase.)

GUND. (Respirando a sus anchas.) Bueno, he pasado un ratito terrible. Claro, yo no estoy tan acostumbrado como Lafuente y me azaro.

AMB. (Dentro.) Sí, y que los facturen en el acto.

GUND. Ella.

AMB. (Por la primera puerta de la derecha.) ¡Oh! Querido secretario.

GUND. (Casi besando el suelo.) Señora, me troncho la columna vertebral ante usted.

AMB. Siempre tan exquisito.

GUND. Estoy aquí, con su permiso, aguardando a mi ilustre jefe y César.

AMB. Bien, pero ¿dónde se habrá metido Conchita?

GUND. ¿Se refiere usted a una dama bien parecida, que encontré en esta habitación hojeando un album?

AMB. Sí, la misma.

GUND. No hace dos minutos que exclamó: las doce, me voy a casa del dentista, porque si llego tarde me coge la vez un tal Río, a quien creo que le van a poner un puente y temo que me tengan dos horas esperando... Y partió ligera.

AMB. La pobre siempre anda con la boca perdida. Claro, es golosísima... Ya volverá.

GUND. El caso es que no sé qué dijo de ir a Mahón.

AMB. Diría a «La Mahonesa», que es su confitería predilecta.

GUND. Puede.

AMB. Y qué, señor Larrea, ¿ha visto usted hoy a don Amadeo?

GUND. Pues... no; hoy no. Me ha citado aquí con urgencia y aquí aguardo sus órdenes.

AMB. Y vamos a ver, amigo Larrea... siéntese.

GUND. Mil gracias, señora, (Se sientan.)

AMB. ¿Encuentra usted satisfecho al señor Lafuente?

GUND. Cómo satisfecho; resplandeciente de júbilo.

AMB. ¡Oh! ¡Cómo me ama!...

GUND. Amar es poco; es idolatría, que raya en la demencia No lo dude usted. Días ha vertió en mi oído esta sentencia: Gundemaro; si tuviera que separarme de esa mujer, óyelo bien: sublime, silencioso, sin ostentosas apariencias ingeriría el polvillo de una planta india que poseo, que mata sin dolor y deja dibujado en los labios, no el rictus del sufrimiento, sino la plácida sonrisa de la bienaventuranza.

AMB. Por Dios, me aterra usted. ¿Pero Amadeo sería capaz por mi causa?...

GUND. Sí, doña Ambrosia, pero a qué pensar en eso.

AMB. Tiene usted razón. ¿A qué pensar en nubes de negrísimos cendales cuando el cielo es de un límpido azul y el capuchino barométrico marca con su gracioso palitroque tiempo bonísimo? Nada puede oponerse a nuestra felicidad, porque si él me idolatra, yo, amigo Larrea, al calor de las poéticas frases de Amadeo, he sabido ahora lo que es sentir el verdadero amor.

GUND. Pues, ¡ah!, doña Ambrosia, yo se lo profetizo; les espera a ustedes una dicha terrenal solo comparable a la de nuestros primeros padres... antes de la primada.

AMB. ¿Cree usted?

GUND. Como creo en el dulzor de la meloja.

AMB. ¡Ah! Mil gracias, Gundemaro. Soy feliz; muy feliz. Ahora, con su permiso, voy a separar la ropa que tengo que meter en los mundos.

GUND. Es usted muy dueña, señora.

AMB. Adiós, Gundemarito, hasta luego.

GUND. (Volviendo a partirse el espinazo.) Señora.. (Vase

Ambrósia por la primera derecha de la izquierda.) Está más loca que una traca. Y digo yo: este hombre, con cuarenta y nueve años y una cara que, de perfil puede pasar, pero que de frente no pasa ni aunque le empujen; ¿qué resortes tocará para hipnotizar de esta manera? Porque esto es un hipnotismo. Bueno, esta boda le redondea de un modo, que pueden jugar con él al billar.

LAF. (Por la segunda puerta de la derecha, con todo género de precauciones y hablando en voz baja.) Gundemaro...

GUND. ¿Eh? ¡Usted!

LAF. Baja la voz. Que no sepa Ambrosia que estoy aquí. He dicho a Benita que no me anuncie.

GUND. Pero...

LAF. Tenemos que hablar. (Cierra las puertas.)

GUND. ¡Bueno!

LAF. Gundemaro, estoy perdido.

GUND. ¿Usted? No lo creo.

LAF. Cuando yo te digo que estoy perdido es que yo mismo no me encuentro, aunque me busque. Escucha y apoya tu brazo en mi hombro por si acaso te desvaneces. El marido de Ambrosia vive.

GUND. ¡¡Cabezón!!

LAF. No chilles.

GUND. ¡Vive! Pero, ¿cómo se ha enterado usted?

LAF. Mira cómo estoy: yerto. Parece que me han puesto una inyección de limón helado.

GUND. Bueno, pero... ¿A Cabezón no le mataron en Méjico?

LAF. Sí.

GUND. Caray, pues no lo comprendo.

LAF. Ni yo tampoco, pero Cabezón vive. Anoche vino a verme Matías el marmolista y me dijo: señor Lafuente, tome usted un pasaje para el Perú; Cabezón vive; se ocultaba por miedo a Zacateca, pero ya son amigos y se han confabulado para matarle a usted del modo más original que se conoce. Yo me aterré, vine a esta casa como un rayo para recoger una diadema antigua que tenía apartada, cené con Ambrosia, me despedí mentalmente de ella porque pensaba tomar

un mixto que sale a las seis de la mañana, bajé las escaleras y en el portal ¡zás! Cabezón y Zacateca en amistoso coloquio. Pesqué escaleras arriba y tomé posesión de un desván en espera de acontecimientos. Pasaron las horas, cerraron el portal, bajé cautelosamente, miré por el ojo de la cerradura y la pareja allí, como de escayola. Entonces acerqué el oído y oí en el espantoso silencio de la noche, lo que voy a transcribirte: «Usted le introduce cuarenta veces el estilete en el muslo derecho...»

GUND. ¡Requeja!

LAF. Luego yo hago lo propio en el compañero: después le amputamos los brazos y le abofeteamos la cara con sus propias manos; le llevamos luego a la tumba de Nina y allí, que se desangre como un cerdo. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Se las trae el programa?

GUND. Bueno, mire usted, yo he leído los tormentos de la Inquisición, y aquéllos eran caricias al lado de esta energumenoidad que han discurrido esos bestias.

LAF. Excuso decirte la nochecita que he pasado yo en el desván sin poder mandar por bromuro.

GUND. Pero esta mañana...

LAF. Los dos en el umbral sin moverse; no he podido salir Anda, si hubiera podido, a estas horas estaba yo cuando menos en Soria.

GUND. Pues me da usted uno de esos disgustos que cuestan una enfermedad, porque perder un amigo y un maestro, así tan de repente y con una muerte tan trágica...

LAF. Larrea, no dibujes. Frases de consuelo y de esperanza son las que yo necesito, y tú, que estás más fresco, eres el llamado a discurrir una estratagema que me salve, y cuenta con un diploma.

GUND. Ni una palabra más (*Pasean preocupadísimos en opuestas direcciones. De pronto Gundemaro se para y se da un golpe en la frente.*)

LAF. ¡Qué!

GUND. (*Mirándose la mano.*) Un mosquito. R. I. P.

LAF. (*Se para en seco, abre la boca, sonríe, saca un retrato*

del bolsillo, corre ante la mesa, se sienta y escribe en el retrato.)

GUND. (¿Qué hace?) (Le observa.)

LAF. (Levantándose radiante y guardando el retrato.) No estarían más orgullosos Fernando el Católico y señora cuando la rendición de Granada, que lo estoy yo en este luminoso momento. Larreíta: de dos enemigos sanguinarios que tenía sólo me queda uno: Cabezón, y Cabezón no era para mí tan temible como Zacateca.

GUND. ¿Pero puede saberse?...

LAF. (Viendo que se abre la segunda puerta de la derecha.) ¡Silencio!

BEN. (Entrando misteriosamente.) Señorito...

LAF. ¿Qué hay, Benita?

BEN. Este continental que acaban de traer para la señora. (Se lo da.)

LAF. Bien, muchacha; ni una palabra. (Dándole un billete de cinco duros.)

BEN. (Agradecida.) ¡Señor!...

LAF. Cambia y quédate con seis reales. (Medio mutis de Benita.) ¡Ah! Tráeme de paso un vaso de agua.

BEN. Sí, señor. (Vase por donde vino.)

LAF. (Abriendo el sobre.) Este continental me escama Gundemaro. (Leyendo la firma.) ¡Zacateca!

GUND. ¡Zapateta! Lea usted.

LAF. (Nervioso.) Señora, dentro de breves instantes tendré el gusto de visitarla para repetirle de palabra lo que ahora le comunico. Su próxima boda con ese fanfarrón adinerado no puede realizarse por dos razones: la primera, porque esta tarde ese miserable morirá.

GUND. Huelga la segunda

LAF. La segunda, porque sépalo usted, señora; no es usted viuda: Cabezón vive, y la bigamia es un delito. Todas las misas que se digan mañana en los Jerónimos, de seis a una, serán aplicadas por el eterno descanso de su ex futuro. Ya están abonados los estipendios Serán rezadas las de seis a doce y cantada la de una. P. Z.

GUND. Pues habrá que oir las voces.

LAF. Bueno, no siento más que el lío que se va a armar mañana por la tarde en el Purgatorio,

cuando se encuentren allí con catorce misas para el ánima de un tal Amadeo Lafuente, que no ha ido, porque yo mañana, Larreíta, habito aún en este planeta. (Viendo entrar a BENITA por la segunda puerta de la derecha.) ¡Cuidado!

BEN. (Que trae una copa con agua.) El agua, señorito. (Deja el servicio sobre la mesa.) Aquí tiene usted veintitrés pesetas y media. (Al darle el dinero a Lafuente se le cae una moneda y la recoge.)

LAF. Se te había caído la media.

BEN. Sí, señor.

LAF. Pues tómala y tres más para unas ligas.

BEN. Mil gracias.

LAF. Di a la señora, que acabo de llegar y que la espero aquí.

BEN. Está muy bien. (Hace mutis por la segunda puerta de la izquierda.)

GUND. ¿Pero qué va usted a hacer?

LAF. Ya lo sabrás: vete y aguárdame en la biblioteca.

GUND. Estoy a sus órdenes. (Haciendo mutis por la primera puerta de la derecha.) Yo creo que no se pierden las misas. (Vase.)

LAF. Esto de tener que tomar bicarbonato cada cuarto de hora, es una lata, una lata de bicarbonato cada dos días. (Abre una cajita de bicarbonato què lleva en uno de los bolsillos, saca una moneda, la emplea a guisa de cuchara y se echa en la boca una buena cantidad de la sal de referencia. Guarda la caja, bebe un poco de agua, saca el pañuelo, vierte sobre él el agua que quedaba en la copa, lo esprime sobre la bandeja, y, al sentir que viene Ambrosia, se sienta rápidamente, se aplica el pañuelo a los ojos y llora a moco tendido.)

AMB. (Por la izquierda segunda puerta.) ¡Amadeo! (Viéndole llorar.) ¡¡Amadeo, amor mío!!... ¡Tú llorando!! ¡¡¡Tú!!! (Se arrodilla ante él.)

LAF. ¡Ah! ¡Tú, Ambrosia de mi alma!...

AMB. ¡Amadeo! ¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? ¡Confíame tu pena!

LAF. (Levantándola y levantándose.) ¡Sí! Debo dar ejemplo de entereza. ¡Soy hombre!

AMB. ¡Oh! Me asustas, Amadeo. ¡Por piedad, habla, te lo ruego!

LAF. Es preciso. Ya que has de enterarte forzo-

samente, quiero tener yo el sublime rasgo de darte la noticia.

AMB. ¡Habla, que me tienes loca!

LAF. (Sublimísimo.) ¡Ambrosia! Ayer me encontraba yo en un jardín, cuyo suelo matizado de flores exhalaba un perfume exótico que embriagaba mis sentidos. Era un eterno día con un cielo siempre azul y un sol radiante siempre en el zenit. Y hoy, Ambrosia, hoy... es páramo el jardín, cardos las flores, mazmorra el cielo azul, fango la fuente.

AMB. Por la Virgen Santa, Amadeo: no rimes y dime lo que sea.

LAF. ¡Ambrosia, valor!

AMB. ¡Lo tengo!

LAF. ¡Cabezón... vive!

AMB. (Espantada.) ¡Ah!... ¡¡No!!... ¡Mientes!... ¡Tú me engañas!...

LAF. Ambrosia, Cabezón vive; te lo juro por este desenfrenado amor que te tengo y que lo agiganta el murallón que ya nos separa.

AMB. ¡Vive!... ¡¡Vive!!... ¡Dios mío!... (Llora.)

LAF. ¡Llora, sí, llora!... (Le aplica su pañuelo a los ojos, y Ambrosia, al sentirlo mojado, hace un extraño.) Ese fresco que sientes, amor mío, es el agua que a raudales brotó de mis ojos. Sí, apuré la copa... de la amargura.

AMB. Pero, Dios santo, ¿por qué hasta ahora me ocultó que vivía?

LAF. No lo sé; acaso quiso probar tu constancia y tu cariño.

AMB. (Resuelta, resueltísima.) ¡Ah, pues no! Jugó con fuego y se abrasó las manos. ¡Amadeo! ¿Tú me quieres?

LAF. Con ceguedad, con alienismo.

AMB. Pues bien, huyamos. Ocultémonos en tu palacio de Tokío.

LAF. ¡Ambrosia, eso jamás!

AMB. ¡Amadeo!

LAF. ¡Honrada te idolatro: adúltera te execraría!

AMB. ¡Oh, qué grande eres, Amadeo!... Ahora te quiero aún más.

LAF. (Me lo complica.) ¿Y quién duda de tu amor? ¿Quién puede dudar del mío? Pero,

¡ah! Sobre la pasión está el deber. Ante Dios y ante la ley eres de otro hombre... (Fingiendo sorda rabia.) ¡¡De otro hombre!!... ¡¡¡Aaaaah!!!

AMB. ¡Virgen Santa, ilumíname!

LAF. (Caray, cómo tengo el estómago)

AMB. ¡Dios santo, una solución!

LAF. No hay más que una, Ambrosia. ¡Una! (Saca la caja del bicarbonato, toma una moneda y se echa en la boca una buena ración.)

AMB. (Que no le quita ojo.) (¡Ah! Los polvos de la planta india; el veneno; la muerte insensible!... ¡Sí! Yo también.) (Arrancando de manos de Lafuente la caja del bicarbonato.) ¡Amadeo! Dame esa caja. Te he comprendido.

LAF. (Extrañado.) ¿Eh?

AMB ¡Mira!... (Se vuelca la caja en la boca y traga los polvos con la ayuda de un sorbo de agua.)

LAF. (¡Atiza!)

AMB. Tu heróico estoicismo me ha dado ejemplo. (Señalando a la altura.) Allí nos reuniremos.

LAF. ¿Dónde?

AMB. ¡En el cielo!

LAF. (Loca.)

AMB. ¡Oh, qué sublime hallazgo! ¡Morir sin dolor! Porque, ¿verdad, Amadeo, que esto no produce dolor? (Aludiendo a la caja.)

LAF. Lo quita.

AMB. ¡Morir sin dolor!

LAF. (Loquita perdida.)

AMB. (Dejándose caer en una butaca) ¡Ah, qué angustia; qué opresión!

LAF. Claro, hija, si me has dejado sin bicarbonato.

AMB. ¿Eh? ¿Pero eso era?...

LAF Químicamente puro.

AMB. (¡Qué plancha!) Pues bien, no cejo en mi idea. Quiero morir. ¡Muramos!

LAF. (Caray.)

AMB. (Sacando de un cajoncito una lindísima daga y dándosela a Lafuente.) ¡Toma! (Presentándole el pecho.) ¡Húndela!

LUISA (Por la segunda puerta de la derecha.) El señor Zacateca pide permiso para pasar.

LAF. ¡Mi bisabuela! Vete, Ambrosia.

AMB. ¡No!

LAF. Vete. Ese hombre, es el emisario de tu marido. Deseo hablar con él. Vete al oratorio y júrame que de rodillas has de rezar por mí una centena de salves.

AMB. Sea: te lo juro. (Haciendo mutis por la segunda puerta de la izquierda.) Ya sólo me queda ese recurso: rezar. (Vase hipando y diciendo:) (El bicarbonato me ha sentado como un tiro.)

LAF. (Examinando la daga.) Este chisme es un portento. Puño de oro y hoja cincelada, pero algo mohosa. Si salgo bien de esta entrevista, la pulo. (A Luisa.) Que pase ese caballero. (Vase la criada.) Ahora sí que necesito del benéfico influjo de mi herradura. Serenidad, Lafuente; mucha serenidad. ¿A ver? (Se toma el pulso.) Sí; estoy sereno. (Consultando el reloj.) Las doce y media. Perfectamente: las doce y media y... tranquilo. Pero no obstante; aunque tranquilo, me pondré en guardia. (Se parapeta detrás de un mueble.) Ya está aquí.

(Por la segunda puerta de la derecha entra en escena ZACATECA. Se detiene en el umbral, mira con ojos de ira, ve a Lafuente y sonríe de una manera diabólica. Lafuente sonríe también más muerto que vivo. Zacateca cierra la puerta, avanza y se cruza de brazos ante Lafuente.)

ZAC. ¡Por fin! Creía ya un imposible esta dicha suprema que el cielo me concede.

LAF. (Sin saber qué decir.) ¡Eh!

ZAC. La dicha de verme frente a frente y a solas con usted, con el hombre a quien más odio y execro y abomino... El miserable que en la sombra minó los cimientos del edificio de mi felicidad; el que con vil cobardía me adjetivaba llenándome de oprobio, escudado siempre en el anónimo ruin y repugnante. Pero ¡ah! por cada uno de aquellos insultos he de hundir dos veces en su cuerpo mi afilado estilete.

LAF (Miedosísimo.) (¡Valor!) No alcanzo a penetrar el sentido de sus palabras. Le ruego, le exijo una inmediata explicación o voy a creer que es usted un pobre alienado sin la camisa obligatoria.

ZAC. ¡Sí! Sabrás quién soy antes de cribarte, antes de magullar tu cuerpo.

LAF. (Pues viene suave.)

ZAC. Soy Pancho Zacateca. (Lafuente se encoge de hombros.) ¿No te dice nada este nombre? ¿No te habla de tu traición abominable?

LAF. No.

ZAC. Fuí el amante de Nina Petterson.

LAF. (Como enloquecido.) ¡Ah!... ¡Oh!... ¡Nina!... ¡Tú! ¡Tú, el que paseaste su deshonor por el mundo!... ¡¡Tú!! ¡Ah, qué profunda brecha has abierto de nuevo en mi corazón! ¡Nina! ¡Nina; hija mía!... ¡Desgraciada como tu madre! ¡Desgraciada como yo!...

ZAC. (¿Qué dice este hombre?)

LAF. (Acercándose a él.) Caballero: escuche usted la tristísima historia de un martir.

ZAC. ¿Cómo?

LAF. Yo conocí en Puerto Rico a una puertorriquísima, guapísima, que se llamaba Paca Cao...

ZAC. (¡La madre de Nina!)

LAF. Y sentí por ella la más violenta de las pasiones, pasión que acrecentose al saber que ella estaba casada con un chileno más bruto que un galápago. Ella, correspondió a mi cariño, porque entre el de Chile y yo había un desfiladero... ¡Pobre Pancha!... Omito detalles y nació Nina, es decir, Paca. Nina fué su nombre de gresca.

ZAC. (¡Dios santo!)

LAF. Pasaron los años, el chileno, enterado sin duda de aquella partida de tresillo, encelose y envenenóla... mientras yo veraneaba en España, en mi hermoso palacio de Javalquinto. Al leer yo la trágica noticia en *El Torrefacto,* periódico decenal de Puerto Rico, creí desfallecer; volé a Cartagena, fleté mi yot, crucé el Atlántico y llegué al rico puerto con el sólo propósito de recoger a Paca, mi idolatrada Paca, ¡mi hija! Porque aquella criatura era hija mía, pero no la encontré.

ZAC. ¡Oh!

LAF. Y, ¡oh, Dios clemente! Hoy pones ante mi vista al hombre que me robó mi tesoro, mi única alegría

ZAC. No; yo la conocí en California, bajo el nom-

bre de Nina Petterson. Ella me dijo que era escocesa e hija del rey del Bacalao.

LAF. ¡Era muy salada!... ¡Pobre hija mía! No tuve más noticias de ella que un certificado que me envió a Montecarlo, cuando todos los periódicos del mundo dieron la noticia de que yo había hecho saltar la banca... ¡Oh! Me envió un retrato, una carta y un paquete... La carta me la sé de memoria. (Se seca los ojos.) Uno de sus párrafos, decía así: «Ese paquete que te envío contiene unas cartas que desde hace tiempo me dirige un miserable Equis, a quien desconozco, con el solo objeto de que alguna de ellas caiga en manos del hombre a quien adoro con toda mi alma.»

ZAC. ¡Cielos, qué oigo!

LAF. Padre mío, líbrame de ese mal nacido.

ZAC. ¡Oh! (Enjuga una lágrima.)

LAF. Cumplí el encargo de mi hija, pero todo en vano. Supe luego su muerte, y al tener noticias de que en Madrid, no sé quién, la había erigido un mausoleo, ¡¡bendito sea!!, aquí vine, para poder a mis anchas regar su tumba con mi llanto, y allí conocí a la santa dueña de esta casa a cuya existencia pensaba unir la mía, fatigada y triste. (Llora.)

ZAC. ¡Oh! ¡Si eso fuera cierto!...

LAF. ¿Lo dudais?

ZAC. Una prueba, por Dios, y caería de hinojos a vuestras plantas.

LAF. Héla aquí. (Saca el retrato de Nina, lo besa y se lo da.)

ZAC. ¡Ah! ¡Sí! ¡¡Ella!! (Lo vuelve y lee entre sollozos.) «Para ti, papá, Nina». ¡Oh! Permitid que os llame padre, porque lo fuísteis de ella y ella fué el único amor de mi vida. (Cayendo de rodillas a sus pies.) ¡Perdón!... ¡Perdón, padre mío! (Llora.)

LAF. (Triunfante. Levantando a Zacateca.) Llora en mis brazos, Pancho, hijo mío. (Se abrazan y lloran los dos a moco tendido.)

AMB. (Por la segunda puerta de la izquierda.) El dolor acabará con su vida. (Queda sin moverse, con la cabeza baja. Lafuente al verla se separa de Zacateca.)

LAF. (¡Canastos, Ambrosia!) (A Zacateca que se inclina saludándola.) No hable ante esta mujer de nuestra pobre Nina. Ignora mi secreto.

ZAC. (A Ambrosia, muy respetuoso.) Señora...

LAF. (A Ambrosia.) Ambrosia; este es el mensajero de tu esposo.

ZAC. Es cierto, señora; vuestro esposo, que está en el jardín, solo espera una indicación mía para venir a arrojarse en vuestros brazos.

AMB. (Arrojándose en los brazos de Lafuente.) ¡Amadeo!

LAF. (Sublime.) ¡Ambrosia! Es tu deber, es tu marido... Yo no soy nadie para ti, ¡olvídame! (Enjuga una lágrima.)

ZAC. (Conmovido.) ¡Qué tragedia!

AMB. (A Zacateca.) Caballero. Amé a este hombre cuando me creía libre; el resurgimiento de Cabezón trunca mis ideales, pero soy honrada y cumpliré con mis deberes de esposa.

ZAC. ¡Qué corazón!

AMB. (Sacando de un mueble una hermosa herradura de gordos brillantes.) Amadeo, vamos a separarnos acaso para siempre; te ruego por el amor desgraciado que me profesas, que aceptes esta herradura de brillantes, en cuyo centro estoy esmaltada en miniatura. Mi efigie te acompañará en tus soledades.

LAF. No, Ambrosia, no; eso no. Ya me conoces y sabes que no soy capaz de aceptar de una dama, no digo una herradura, ni siquiera una baratísima horquilla invisible.

AMB. Amadeo, este caso es excepcional; acéptala como un recuerdo de amistad.

ZAC. Caballero, es usted demasiado digno. Para quien posee como usted una fortuna incalculable, esa joya no representa valor metálico alguno, es solo una prueba de afecto y sería un desaire no aceptarla.

AMB. Ya lo oyes.

LAF. (Tomando el estuche.) Sea; tenéis razón. No aceptarla sería dolorosísimo para ella. Gracias, Ambrosia. (Contemplando la joya.) Ahora, valor. Valor por tasación... digo, valor por tu parte y valor por la mía. Separémonos para siempre.

AMB. ¡Dios mío!

LAF. Tu esposo está en el jardín. Yo me iré por

la puerta de atrás para que no me vea, porque sé que ha jurado darme muerte.

ZAC. Cierto.

AMB. ¡Cómo! ¿Matarte a ti?... ¿Después de tu sublime sacrificio? No; nunca. Por esa ofensa que te ha inferido te pedirá perdón.

LAF. Mira, Ambrosia, que está ciego y tiene un estilete.

ZAC. Cierto también. De su imaginación no se separa la idea de torturarle.

LAF. (¡Recuerno!) Me voy por la puerta de atrás.

AMB. Amadeo: eso sería una huída vergonzosa; sería confesar un delito que no se ha perpetrado. Yo estoy aquí para defenderte.

ZAC. Y yo, señor Lafuente. Pierda usted cuidado.

LAF. Pero...

AMB. (A Zacateca.) Dígale usted que suba; me entrevistaré con él en el Salón Imperio.

LAF No; ahí no. Faltan los cuadros y los objetos de arte y eso podría exasperarle.

AMB. Entonces en el despacho.

LAF. En el despacho menos que allí, parece que ha habido almoneda. (Dudando.) Aquí... tampoco.

AMB. Entonces en la cocina.

LAF. No, caray; que en la cocina hay cuchillos. Lo mejor será que hables con él en el jardín.

AMB. Ahora mismo.

ZAC. Yo tendré el honor de acompañarla, señora. Creo que podré aplacarle. (A Lafuente.) Confiad en mí.

AMB. Vamos. (Haciendo mutis con Zacateca por la segunda puerta de la derecha) ¡Dios mío, qué amargos acíbares encierra la vida! (Mutis.)

LAF. Bueno, Larreíta tiene razón; si Julio Verne no sucumbe... colaboramos. (Se acerca al mirador del fondo y mira.) Allí está Cabezón. Y tiene una carita que el verdugo de Jaén es una Circasiana. (Retirandose súbito.)

GUND. (Entra de puntillas en escena por la primera puerta de la derecha, se acerca a Lafuente y le pone una mano en el hombro.) ¡Qué!

LAF. (Pegando un salto.) ¡Ay! Larreíta, ¿a qué vienes?

GUND. A enterarme de cómo va esto. (Viendo que Lafuente no le hace caso.) ¿Pero qué hace usted?

LAF. (Mirando siempre al jardín.) ¡Chis!.. ¡Calla!... Ya cae ella en sus brazos... El la separa...

GUND. ¿Pero quiere usted explicarme?

LAF. Nada, que Ambrosia y Zacateca están convenciendo a Cabezón de que yo soy una especie de Suero de Quiñones del siglo veinte.

GUND. ¿Pero ha convencido usted a Zacateca?

LAF. Hasta el tuétano.

GUND Es usted más inverosímil que una ostra bailando.

LAF. Temo que me vean. Oye, haz el favor de acercarte a la cristalera y observar. Cabezón es el de la barba.

GUND. Sí, señor. (Observa.)

LAF. (A Larrea.) ¿Qué hacen?

GUND. El de la barba besa a doña Ambrosia en el cogote.

LAF. ¡Le han convencido!

GUND. ¡Retorta!

LAF. ¿Qué pasa?

GUND. ¡La de Badajoz ha entrado en el jardín!

LAF. (Mirando.) ¡Concha Mata! ¡Estoy perdido!

GUND. ¡Huya usted!

LAF. Pero esta mujer, ¿a qué viene aquí?

GUND. Es amiga de doña Ambrosia.

LAF. Si me ve me delata como cleptómano y me pierde. Ahueco. Larreíta, telegrafiaré desde Cádiz. (Vase corriendo por la segunda puerta de la izquierda.)

GUND. ¡Atiza, la badajonense hablando con doña Ambrosia! Esto se le complica a don Amadeo... Menos mal, se separa del grupo y entra en la casa. (Separándose de la cristalera.) Esta señora no ha encontrado ni un mercancías; yo la convenzo para que se vaya a Mahón en una motocicleta.

CONCHA (Por la segunda puerta de la derecha. Viene nerviosísima.) ¡Qué espanto!... ¡Oh! Me ha faltado el canto de un papel de música para caerme redonda. ¡Cabezón resucitado! ¿Se ha enterado usted, amigo Silva?

GUND. Calle usted, señora; me he quedado más frío que un esquimal.

CONCHA ¡Después de un año de enterrado! ¡Qué horror! Si a mí me resucita alguno de mis difuntos, ¡qué conflicto!

GUND. Y qué, ¿no había rápido?

CONCHA No; me voy en el exprés de esta noche. He venido a despedirme de Ambrosia.

GUND. (Mirando su reloj.) ¿No se le hará a usted tarde?

CONCHA Por Dios, hasta las ocho que sale el tren... Voy a esperar a Ambrosia porque la curiosidad por saber cómo ha resucitado ese hombre me tiene ávida.

GUND. Yo se lo contaré a usted. (Bueno, yo la asusto.) Pues una cosa macabra, que pone los pelos como alambres.

CONCHA ¡Dios mío!

GUND. Nada, que llegaron de Méjico, como usted leería en la prensa, los restos del señor Cabezón, y al introducirlos en el panteón familiar, oyeron los que conducían el sarcófago unos lamentos que parecían salir del centro de la tierra.

CONCHA ¡Ay, qué miedo!

GUND Luego unos golpes secos. (Concha se levanta asustada.) Y luego una voz casi sepulcral que gritaba como un aullido... (A media voz y lúgubremente.) ¡Quiero salir de aquí!

CONCHA (Nerviosísima.) ¡Ay, qué miedo! ¡Cállese usted, que me pongo mala!

LAF. (Desde la segunda puerta de la izquierda, asomando un instante la jeta y con voz más lúgubre aún que la de Gundemaro.) ¡Quiero salir de aquí!

GUND. (Asustado.) ¡Caray!

CONCHA (Como loca.) ¡Ay! ¡Qué voz es esa!... ¡Qué voz es esa!...

LAF. (Como antes.) ¡Que está cerrada la puerta de atrás!... ¡Que no puedo salir de aquí!...

CONCHA ¡Virgen Santísima! ¡Ay! ¿De dónde viene ese eco?

GUND. De de... allí. (Indica la segunda puerta de la derecha.) Esta casa está embrujada, señora. Márchese usted.

CONCHA ¡Ay! Sí. . ¡Ay, yo me voy! (Se dirige hacia la segunda puerta de la izquierda.)

GUND. Por ahí no, señora.

CONCHA Sí, por la puerta del servicio. (Desaparece por la puerta indicada y lanza un grito desgarrador.)

GUND. Ya lo ha visto.

CONCHA (Despavorida, loca, por donde se fué.) ¡La Fontana! ¡La Fontana!... ¡Resucitado!... ¡Socorro!... ¡La

Fontana!... (Se va corriendo por la segunda puerta de la derecha.)

LAF. (Por la izquierda segunda puerta.) Larreíta, ¿qué has dicho a esa mujer que me ha visto como si viera a Mefistófeles.

GUND. Ya se lo contaré despacio. Por lo pronto chóquela usted, señor Lafuente. Le he solucionado un conflicto que no lo paga usted con dos mil pesetas.

LAF. (Estrechándole la mano.) Tutéame, ya eres maestro. Espera. (Se asoma al mirador) ¡No hay nadie! Buena señal. Estoy salvado.

GUND. (Asomándose también.) ¡Qué carrera lleva la badajonense! Caray.

LAF. La herradura me ha salvado una vez más. (Dentro pelean a voces Cabezón, Ambrosia y Zacateca.) ¡Mi madre!

GUND. ¡Zambomba!

LAF. ¡No le han convencido!

GUND. (Temeroso.) ¡Señor Lafuente!

LAF. Larreíta, si mi vida peligra, estate al quite.

GUND. ¡Que vienen! (Las voces se acercan.)

LAF. ¡Un último esfuerzo, Santa Rita! (Por la segunda puerta de la derecha, entran forcejeando ZACATECA, AMBROSIA y CABEZÓN.

AMB. ¡Gabino, ten calma, yo te explicaré!...

ZAC. ¡Por Dios, amigo cabezón!

CAB. ¡Dejadme!... ¡¡Dejadme!!

LAF. (¡¡Refuria!!)

CAB. (Deshaciéndose de un empujón de Zacateca y Ambrosia.) ¡Basta!

ZAC. (Colocándose ante Lafuente.) ¡No! Para llegar a este hombre, hay que pasar por encima de mi cadáver. (Pausa.)

CAB. (Refrenando su cólera.) No se trata de su vida, amigo Zacateca. Tengo fe en usted y en Ambrosia, he creído a los dos y la vida de ese hombre honorable, es para mí sagrada. Se trata de otra cosa, sí... ¡ira del cielo! (A Lafuente, como loco.) ¡¡Pronto, mis cuadros, mis objetos de arte, mis armas, pronto!!

GUND. (Esto es lo peor.)

LAF. (Dignísimo.) Señor Cabezón; su cólera mal reprimida y ese gesto acre, bien a las claras me prueban que ha cruzado por su cerebro la idea de un despojo: sí, y esto, señor don

Gabino, no se lo tolero a usted, ni a mi padre, ni a Guillermo Tell.

CAB. Caballero...

LAF. (Comiéndoselo.) ¡Ni a Guillermo Tell! Tengo fortuna para responder, no digo de esas cuatro nimiedades, para responder de los tesoros que encierran el Museo del Prado, el Palacio de Versalles y la galería Pití de Florencia.

AMB. (¡Lo que me he perdido!)

CAB. Señor Lafuente; no he puesto en duda su riqueza ni su honradez, pero yo necesito mis cuadros, mis objetos de arte, mis muebles y mis armas. ¿Dónde están?

LAF. Señor Cabezón. Allá en Venecia se alza un Palacio con cien salones de mucho espacio...

CAB. Señor Lafuente, menos música.

LAF. Y en uno de esos salones, están depositados todos los objetos de su pertenencia. Acto seguido, le serán devueltos. En ello están empeñadas mi hidalguía y mi nobleza.

CAB. Muy bien. De modo que todas esas cosas que me faltan...

LAF. Están empeñadas mi nobleza y mi hidalguía.

AMB. Sí, Gabino, se llevaron allí, para aumentar las riquezas del que había de ser nuestro nido.

ZAC. ¡Claro! (A Cabezón.) El qué interés... ¿Sabe usted, amigo Cabezón, el trabajo que nos ha costado que aceptase una herradura de brillantes que le ofrendó su esposa?

CAB ¿Eh? ¿Una herradura de brillantes? (Lafuente se hace el distraído.) ¿La que yo te regalé, que me costó veinte mil pesetas?

LAF. (Dan doce mil.)

AMB. Sí, Gabino.

CAB. (A Lafuente.) ¿Y pensaba usted llevársela? ¡Ah! Estaba usted errado. Deje usted ahí esa herradura.

AMB. ¡Gabino!

LAF. (Yo dejo la de la buena suerte.) (Coloca sobre la mesa un estuche) Ahí está.

AMB. (¡Es un caballero!)

ZAC. (Es digno como un Roger de Flor.)

CAB. Ahora le suplico no demore ni cinco minu-

tos sus gestiones para la devolución rápida de esas cuatro tonterías.

LAF. (Consultando su reloj.) Mañana sale de Barcelona un paquebot para Venecia. Larrea, tienes veinte minutos para tomar el tren.

GUND. Está muy bien, deme usted dinero para los viajes, hospedajes, embalajes, facturajes y demás zarandajes.

LAF. Perfectamente. (Saca la cartera y le da un billete de cincuenta pesetas.) Toma y vuela.

GUND. (Mirando el billete.) Cincuenta pesetas, ¿no será poco? Reflexione usted que son embalajes, facturajes...

LAF. (¡Qué ladrón!) Toma; ahí va uno de mil. (Le da un billete.)

GUND. Acaso no baste.

LAF. (Azufrado.) Sí, ¿eh? Pues toma. (Le da una tarjeta.) Si no tienes bastante, preséntate a mi banquero, calle del Arenal, diez y siete ¿Sabes qué piso? (Le pisa un pie y aprieta con todas sus fuerzas.) El de la izquierda.

GUND. (Con gesto de dolor.) No, señor, que es el de la derecha. ¡Ay!... Hay ascensor.

LAF. Que te dé cuatro mil pesetas. ¡Vuela!

GUND. Seré un pájaro. ¡Señores, hasta la vuelta! (Haciendo mutis.) (¡Como no sueñes conmigo, no vuelves a verme.)

LAF. (Este pájaro se va con un pico.) Yo también me voy: nada me resta ya que hacer aquí. ¡Ambrosia!... Sé feliz. (Ambrosia se lleva el pañuelo a los ojos.) Señor Cabezón, le envidio, me ha robado usted una alhaja. Ambrosia es una santa y tan buena como aquella otra santa que ya mora en el cielo. (Zacateca asiente y se limpia una lágrima.) Eran iguales: santas y buenas.

TODOS Adiós.

LAF. Para mí, han muerto las dos. Ya solo viviré para orar ante el retrato de aquélla, y ante el recuerdo cerebral de ésta, ya que no poseo objeto material alguno que me la recuerde. Esto no obsta, señor Cabezón, para que en mi testamento, deje a ustedes, si me lo permiten, alguno de mis palacios.

ZAC. (¡No conozco nada como este hombre!)

AMB. (¡Alma de héroe, gemela a la de Escipión!)

CAB. Caballero, perdone si obcecado, herí antes su dignidad No es posible tener celos de quien, como usted, es un santo. (Tomando de sobre la mesa el estuche que en ella puso Lafuente.) Acepte usted esto, como recuerdo de ambos.

LAF. ¡Gracias! (Besa el estuche.) ¿Señores?... (Haciendo mutis por la derecha segunda puerta.) Me voy con las dos herraduras: cuando me encuentre en la calle, que a gusto voy a correr. ¡¡Sed felices!! (Mutis.)

AMB. (Cayendo desmayada.) ¡Ay de mí!

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Enrique García Álvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (12.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª edic.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (10 edic.)
El Missisipí (2.ª edición.
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco del Real.
El pobre Valbuena (6.ª edición.)
El perro chico. (4.ª edición.)
La reja de la Dolores (3.ª edic.)
El iluso Cañizares. (3.ª edición.)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro. (Letra y música
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)
La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de Lacalle.
El alma de Garibay.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego.
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (2.ª edición.)
La casa de los crímenes.

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.

Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.

PRECIO: 2,50 PESETAS